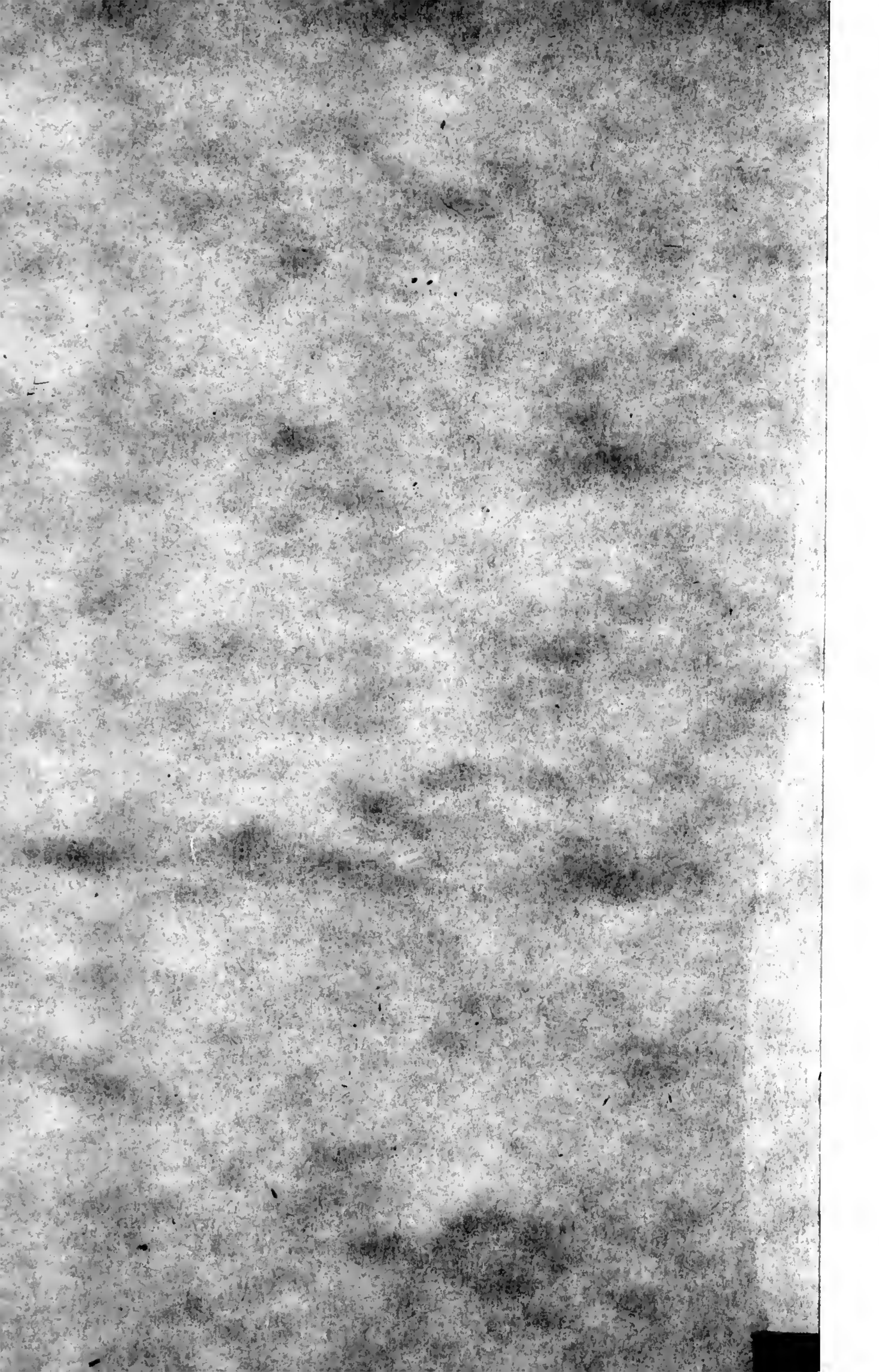


Los Caciques

MARIANO AZUELA

LOS CACIQUES

NOVELA DE
COSTUMBRES
NACIONALES

ESCRITA ESPECIALMENTE
PARA LOS LECTORES DE
— "EL UNIVERSAL" —

Talleres Editoriales
- de la Compañía -
Periodística Nacional
MEXICO. - 1917

LOS CACIQUES

PRIMERA PARTE

I

—¡Don Ignacio!—pronunció alguien a las puertas de la iglesia. "¡Don Ignacio!" repitieron centenares de bocas, y la gente se apretó más todavía para abrirle paso al recién llegado. Las cabezas tornaron hacia él, los ojos lo buscaron con avidez; pero, adusto, seco, inflexible, sin volver los ojos, él avanzó por en medio de la nave, pendiente tan sólo del túmulo, que allá en el fondo se alazaba cerca de las barandillas, todo flecos, borlas, sedas, avalorios; todo niquelados, con la negra caja en remate ostentando en grandes y brillantes letras las iniciales de don Juan José del Llano, fundador de la respetable casa "Del Llano e Hijos. S. en C."

A medida que se acercaba al catafalco, la muchedumbre hacíase impenetrable; pero brincando y empujando hubo de llegar, al fin a los velones amarillos y a la fila misma, donde los dolientes, postrados en tierra, permanecían silenciosos y absortos.

Sacó un pañuelo, tendiólo cuidadosamente sobre la raída alfombra, e hincándose sudoroso y agitado, rumoró: "¡Qué calór!"

Don Bernabé de Llano, el hermano mayor, volvióse un momento; un chal negro se entreabrió y asomaron una frente cetrina y unos ojos enrojecidos; con gesto desolado saludólo otra dama elegante; todos revelaban con movimientos perceptibles apenas haberse dado cuenta de la llegada de don Ignacio del Llano, del más respetable de los hijos de don Juan José. Sólo el padre Jeremías, el hermano menor, adelante y a la izquierda del oficiante, asomando apenas su esmirriada cabeza de arma-

dillo, por entre tiesuras ornamentales, permanecía estático, perdida la mirada en lo alto del ábside y hacia el gran resplandor sobredorado de la Santísima Trinidad.

—Gracias, don Juan—dijo don Ignacio, cogiendo la vela de cera que le tendía un sujeto mugriento, zanquilargo y corcobado.

El don Juan esbozó una sonriza de estolidez, agradecido porque le decían gracias, dió un paso atrás, y con una brazada de velas, repartiendo a diestra y siniestra, desapareció.

Un brazo enjuto y descolorido alcanzó el cubetín do don Ignacio.

—Deja que te lo guarde, Nacho—pronunció una dama elegante con amoroso acento y mirada devoradora.

—¡Gracias!—respondió don Ignacio, enternecido.

—Nacho—díjole al oído un sujeto, grasa de los pies a la cabeza—me voy.... son las nueve.... ¡Muchísimo siento!.... pero tú ya sabes: dejé a Doloritas en el despacho.... ¡Te acompaño en tu pesar!.... ¡Ya sabes!.... ¡Al fin condiscípulos!...

—Gracias—responde don Ignacio, y se deja impregnar los dedos por la resbalumante mano del condiscípulo rendajonera.

—Don Ignacio—dícele otro—repare usted en el segundo cirio de la derecha.... la llama va a quemar el moño.... Podría incendiarse....

Don Ignacio levanta una rodilla, arrastra la otra, alcanza al monaguillo, le tira y le advierte el peligro, luego vuelve agradecido el rostro y pronuncia:

—¡Gracias!

Y prosigue la misa, y él da las gracias sin descansar, porque todo el mundo busca pretexto para hacerse presente y patentizar su respeto y adhesión a la honorable casa "Del Llano e Hijos, S. en C." Y sigue dando las gracias hasta que los padres cogidos por las caudas, uno tras el otro, dan las tres vueltas de ritual en torno del difunto para auyentar al diablo.

La ceremonia termina: seis garridos peones levantan en hombros la flamante caja. Todo el mundo a la calle.

El día es espléndido; torrentes de sol inundan el blanco caserío y los dorados cerros circunvecinos. Desordenadamente se dispersa la multitud al salir de la iglesia; sólo los negros sacos y largos levitones siguen a del Llano a su última morada.

II

—El maíz a cinco cincuenta—dijo el mozalvete Lara Rojas, estirando su cuello bovino, cual si la aplanchada camisa le estorbara.

—Ahora es la de Villeguitas—repuso guiñendo los ojos al Gerente de "La Carolina."

—Si eses tíos no se duermen—terció malignamente el bilioso dependiente de "La Continental" señalando con el gesto a los hermanos del Llano.

—¡Cómo!.... ¿qué dicen ustedes? ¿el maíz a cinco cincuenta ya?.... ¡Eso es una broma! Si usted mismo,

Villegas, lo está vendiendo a cinco treinta—clamó intrigado el abarrotero don Juan Viñas.

Villegas, un sujeto pequeño, rechoncho y coloradote, abrió los ojos como quien nada entiende, y Lara Rojas, mirando de hito en hito la cara angelicalmente estúpida de Viñas, se llevó las manos a la boca para ahogar su risa.

—Don Juanito—dijo en seguida—el maíz que usted compre dentro de ocho días a seis pesos, se lo pago a doce.

Don Juan Viñas tragó saliva y se aprestó a fijar puntos; pero Villeguitas, malhumorado, le cortó la palabra:

—¡Chist!... ¡chist!... ¡señores, más respeto!....

Y miró significativamente a Lara Rojas y tirándole de un brazo se adelantó, atravesando por entre los grupos.

—¡Es usted un sandio¡.... ¡eso es estúpido, Lara Rojas¡.... Esas cosas jamás se dicen!... Así no hará nunca nada....

—Pero ¿cómo me había de imaginar que Viñas.... un hombre que ha hecho su fortuna vendiendo arroz y garbanzo.... no supiera de estas cosas!

E iba a prorrumpir en una de sus regocijantes carcajadas, cuando se percató de la cercanía del ataúd, de las compungidas ceras de los acompañantes y, como por ensalmo, su risa tornóse en suspiro profundo, ingenuo y cordial.

Don Bernabé del Llano volvió su cabeza gris, fijó su mirada de pollito cansado sobre Lara Rojas, y éste sintió la honda satisfacción de haber sabido suspirar en momento tan oportuno. Su cuello de ternera se alargó, sus ojos se aborregaron y en poco estuvo que no hubiera derramado lágrimas.

El cortejo se había detenido; los cargadores, rendidos ya, cedían su puesto a los de remuda. El sol ardiente de las once hacía levantar los sombreros al aire; las calvas se cubrían disimuladamente, contraíanse algunas caras malhumoradas, y otras daban muestras ostensibles de aburrimiento. Dos borricos flacos que talaban los zacatitos yertos de un barbecho, alzaron la cabeza, miraron desdeñosamente el cortejo, y después de torcer el rabo y menear las orejas, volvieron a repelar el surco. El acompañamiento se puso de nuevo en marcha.

—Digo que eso es imposible—insistió don Juan Viñas—; Villegas no puede comprar maíz a cinco cincuenta, puesto que él mismo lo ha hecho bajar en el mercado a cinco treinta

—Pero si este es el abecé del negocio, don Juanito—respondióle amohinado el dependiente de "La Continental." Y poniéndose a distancia del Gerente de "La Carolina," famoso por sus indiscreciones, y que, en acomodarse las gafas y evitar el tropezar con las irregularidades del terreno abrupto, se entretenía, dijo:

—Comprenda usted, don Juan: Villegas inunda el mercado con maíz a cinco treinta; pues bien, cuanto vendedor se presenta en esta plaza no encuentra quien le pague arriba del precio corriente, sino es el mismo Villegas, porque Villegas paga a cinco cincuenta.

—Allí está cabalmente lo que no

comprendo—interrumpió don Juan, sudando a chorros.

—Pues tan claro como este sol que nos derrite——respondió el de "La Continental," sacando el pañuelo y limpiándose la frente—. Villegas vende mil hectólitros de maíz a cinco pesos, y compra diez mil a cinco cincuenta.

—Bien, ¿y qué?

—¿Pues qué? ¡que cuando ha hecho el acaparamiento de la semilla se espera un poquito nada más y a su tiempo lo lanza al mercado, fijándole el precio que se le dé la gana!

Don Juan abre grandemente los ojos.

—¡Pero si esto es el catecismo, don Juanito!

—Pues, hombre, amigo Rodríguez, será lo que usted quiera.... A mí no me parece muy limpio negocio, francamente.... ¿Cómo se lo explicara a usted?.... pues, vamos, que una casa honrada, como la de los señores del Llano, no haría este negocio.

Rodríguez alzó los ojos, estupefacto una vez más, para admirar aquel rarísimo ejemplar de abarrotero; vaciló entre reir o suspirar. Un ronco gemido y una palabrota le hicieron volver el rostro: el Gerente de "La Carolina" había dado un traspiés lastimándose horriblemente un callo.

Acababan de torcer las últimas callejuelas de la población y entraban en un camino real bordeado de nopales y cercados de piedra. Se veía ya el blanco paredón del cementerio, reververante de sol, el burdo ático del frontispicio, sin un adorno, sin una moldura, sin desperfecto alguno, todo blanco como un establo acabado de encalar.

El último en arrojar su puñado de tierra sobre la fosa de don Juan José, fue Viñas, y al despedirse compungidamente de los hermanos del Llano, don Ignacio le retuvo amablemente.

Regresaron juntos del Panteón.

—¡Se van los buenos!—suspiró don Juan.

Nadie le contestó; pero como le constreñía la necesidad de hacer elogio del finado, comenzó a entonar su funeraria.

—¿Por fin las escrituras se tiraron ya?—interrumpióle rudamente don Ignacio.

Desconcertado por la inesperada pregunta, vaciló un instante en responder; luego dijo tímidamente:

—Todo está hecho tal como usted me lo aconsejó. No sabe usted, señor don Ignacio, la infinita gratitud....

—¿Y los ladrilleros? ¿Y la cal?—inquirió con la misma aspereza don Ignacio.

—Cien toneladas de cal para comenzar.... La ladrillera quema hoy la primera hornada; los albañiles acabaron ayer de nivelar el terreno. Ahora, naturalmente, nadie trabajó; todos estuvimos en la misa de cuerpo presente... Yo repartí la cera... Era nuestra obligación.... Nunca podré pagar a ustedes....

Pero como el gesto de don Ignacio era hostil a todo halago, don Juan acabó por hablar lisa y llanamente de negocios.

A cada bocacalle eran interrumpidos por acompañantes que desertaban del grupo principal y se despedían de don Ignacio.

—¿Cree usted, señor don Ignacio —dijo Viñas despidiéndose también— que todavía por la noche tengo corazonadas?

—Sin motivo—replicó fríamente don Ignacio—, le he demostrado con números lo seguro del negocio.

—No sabe usted la gratitud eterna que guardo para ustedes los señores del Llano, para su difunto padre ...

Y se llevó el pañuelo a los ojos, a unos ojos cándidos de donde brotaban lagrimones diáfanos.

III

—¿No fue al entierro don Timoteo?

—A la misa, Mariquita... ¡como Ignacio fue condiscípulo! .... No, ahora.... como si ni me conocieran.... ¡Yo del pueblo, ellos caciques! Pero ya, ya se les caerá el rey de las orejas....

—¿Y qué se dice de la revolución, don Timoteo?

—Allí viene ella, hija, aquí está ya ... ¡Hemos ganado!

—Pero dizque son gente muy mala: que roban y que matan.

Don Timoteo se levanta del sillón de vaqueta, se quita la cachucha de casimir, su mano grasienta pasa suavemente por sobre un cráneo amoratado como tomate. Habla pausado y su mirada se pierde a lo largo de la calle polvosa, donde comienzan a cintilar los incandescentes. Una franjita de sol se va de los pretiles; nubes de borra se revuelven en el cielo de topacio.

—¡Asesinos y ladrones llaman los señores de la casa donde estás sirviendo, Mariquita, a los revolucionarios! Así los llaman los caciques...., ¡con razón! .... Mira, Doloritas, ven a pesarle tres libras de arroz a Mariquita.... Con razón, Mariquita, si esta revolución es para los caciques cosa de vida o muerte. Has de saber que así como a los frailes se les llegó su día con Benito Juárez, a los caciques les ha llegado el suyo con Francisco Madero.... Y antes de que se me olvide, Mariquita, dile a los señores que tengo panelas de Comanja. A Casianito le gustan de vicio ... ¡Los caciques son la plaga que nos está chupando la sangre....

—¿Y quiénes son, pues, esos caciques, don Timoteo?

—¡Lo oíste, Doloritas, Mariquita no sabe quiénes son los caciques! Lo que yo predico a cada instante y momento: la desgracia nacional está en la ignorancia de nuestras masas.... Los caciques, Mariquita, son.... son la gente más mala que hay en el mundo; son.... unos hombres muy malos.... son unos malvados; pero no, no sé decírtelo bien; mejor voy a darte unos números de mi colección de "Países" para que puedas formarte una idea de esos bribones. Doloritas, dame la colección del "País."

—No se moleste, don Timoteo, mal sé deletrear y me faltaría paciencia para eso. Pero ¿de esa gente no hay por acá en nuestras tierras? ¿verdad?

—¡Preciosa Sangre! .... ¿Qué es

lo que está diciendo, Mariquita? Pues si tu misma vives entre los caciques, les sirves a caciques, si tus amos son caciques....!

—¡Hum! pues entonces son puras ponderaciones las de sus papeles, don Timoteo; ¡ni se los crea! Para mí, nadie tan bueno como el niño Caclanito. ¿Adivine quién me dió estas botas?

—A ver, Mariquita, déjame ver..

—¡Timoteo!—grita desde la tras tienda Doloritas, y viene a despachar las tres libras de arroz a Mariquita.

Cuando la muchacha se ha marchado, don Timoteo acaricia los brazos redondos de su mujer y le da palmaditas en las posaderas.

—Se necesita hacer la siembra para recoger la cosecha, Doloritas. ¡La ignorancia de las masas es la desgracia nacional! Quien no lucha contra la ignorancia es un criminal. Por la ignorancia de las masas llevamos cinco lustros de soportar la bota del dictador Porfirio Díaz.

—A mí no me salgas con tus discursos, Timoteo. ¿Qué tiene que ver todo eso con las botas de Mariquita, viejo chiflado?

—¡Caracoles!.... ¡pellizcas fuerte, Doloritas.... Soy viejo, haces bien en acordármelo, y porque soy viejo no quiero morirme sin haber hecho antes la siembra de mis doctrinas.... El hombre muere, Doloritas, la idea vive.... ¡La idea es imperecedera, eterna!....

—Eterna sólo nuestra alma y es de la que debemos de cuidar. Entre por su chaqueta, viejo rabo verde, y vámonos al rosario a Capuchinas.

—¡Pero si hoy es día de club, Doloritas!

Doloritas misma pone la chaqueta a don Timoteo, le coge por un brazo, cierra "La Bandera Mexicana," y, sin decir una palabra más, lo hace marchar a su lado.

—Hay que pagar los pecados de nuestros padres y los nuestros propios. Haces bien, Doloritas, obedeces a tu educación, a tu instrucción, a la educación e instrucción que nosotros los mexicanos hemos dado a la mujer. Más cuidado hemos tenido del perro y del gato que de ustedes.

La pareja entra al templo; sus pasos resuenan en la lobreguez fría de las bóvedas. Se adivina el púlpito; un padre masculla aburridamente el rosario y una docena de entapaladas le contestan con rumor monótono y desfallecimiento. En el altar, a la incierta luz de una lámpara de aceite se esfuman las vestiduras moradas de Nuestro Padre Jesús del Calvario. Don Timoteo asocia ideas. "Cristo, redentor del mundo; Hidalgo, redentor de la raza; Juárez, redentor de las conciencias; Madero, redentor de los pobres, de los humildes...."

Don Timoteo tirita de emoción: "¡qué tema para un discurso en el Club," piensa!

"Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos el tu reino..." gangorea el sacerdote.

Cogido de frenético fervor don Timoteo se echa de bruces y precipitadamente reza: "venga a nos el tu reino: el reino de los hombres justos y honrados y la caída de los canallas, asesinos, ladrones.. el reino de los hombres de buena voluntad, el reino de los mansos de corazón, de los que tenemos hambre

y sed de Justicia como dijo don Justo Sierra..."

Y de súbito se pone en pie y dejando con un palmo de narices a Doloritas y a Nuestro Padre Jesús del Calvario, se marcha al Club.

En el Club don Timoteo estuvo muy feliz: comparó a Cristo con Juárez y con Madero, repitiendo a cada instante lo de "El respeto al derecho ajeno es la Paz' y "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César." Y por final aseguró, bajo su palabra de honor, que jamás había tenido la Religión defensor más denodado que Benito Juárez, y que los sacerdotes estaban obligados a levantarle un monumento.

Los miembros más conotados del Club se miraron perplejos. El vicepresidente, que era el segundo trombón de la banda municipal, ahuecando mucho la voz, dijo:

—Lo que es este don Timoteo "lus puede."

Pero el maestro Crispín, que vendía periódicos y no tenía educación, rompió el encantó:

—¡Qué memoria tiene. don Timoteo; se aprendió de cuerito a cuerito el editorial de "El Diario del Hogar."

—¡Hombre, Crispín, de veras—exclamó el íntegro don Timoteo. dándose una palmada en la frente y ahuyentándose los zancudos—efectivamente, lo que dije viene en un artículo de hoy; pero palabra que no me acordaba ya de eso y quo creía que la idea me había nacido en la cabeza, ahora que estuve rezando el rosario en Capuchinas. Pero, de todos modos. lo que es la idea del monumento a Juárez es mía y purito mía....

Y descargado de un enorme peso, don Timoteo regresó a Capuchinas a terminar sus oraciones, que dijo con mucha devoción, al mismo tiempo que calculó el negocio de cincuenta botes de manteca que había embarcado esa tarde para Torreón.

IV

Por la noche, de regreso de la ladrillera, don Juan Viñas se encaminó al domicilio de los hermanos del Llano. A su paso por "La Bandera Mexicana" se detuvo:

—Don Timoteo. vamos a darles el pésame a los señores del Llano.

—Don Juanito... no se me había ocurrido.

—Pero, hombre.... ¡los señores del Llano!.... ¿Quién no les debe favores a los señores del Llano?

Don Timoteo alzo los hombros:

—¡Psh.... tanto como favores, no!... Pero vamos: Ignacio al ... fué condiscípulo... Sólo que como uno es pobre, don Juanito; da vergüenza....

Don Juan lo tomó por un brazo e hizo que lo acompañara.

Ya a las puertas de la casa, don Juan reparó en sus zapatones manchados de cal y de zoquite, en tosco vestido, que a cada movimiento despedía una nube de polvo; pero frotando el dorso de su calzado

al tobillo del opuesto, sacudiendo fuertemente el cuello, las pesadas alas del saquitrón, y los delanteros del pantalón, se sintió nuevo.

De pronto, encandilado, no conoció a los enlutados que poblaban el corredor y cuyos rostros se esfumaban en la opaca luz de las lámparas amortiguadas; pero acercándose a uno de ellos, le dijo:

—¿Dígame... ¿los señores?

—¡Hombre, don Juan!... ¿los señores?... Sígame por aquí.

—¡Ah, es usted, Lara Rojas!

Lara Rojas tomó de la mano a don Juan y de sopetón lo puso en medio de la sala, solo ocupada por las señoras. Desconcertado, con las manos en los bolsillos y agarrotada la lengua, se quedó don Juan sin saber qué hacer ni qué decir.

Lara Rojas salió apretándose las narices de risa.

A la vez que escurrido y lleno de vergüenza salía don Juan de la sala, don Ignacio, don Bernabé y el padre Jeremías abrían el escritorio, despidiendo al señor Cura. Este hizo un ligero saludo a los que permanecían e nel patio "por ser de confianza" y partió. Todos fueron a estrechar las manos de los señores del Llano. Don Ignacio acogió cordialmente a don Juan Viñas, le echó un brazo a la espalda y no haciendo caso de los demás, con él entró al escritorio.

Lara Rojas se mordió los labios. Don Timoteo que se había convertido en relieve de una columna del corredor, se escurrió a la calle, filosofando sobre la vanidad e insolencia del caciquismo.

—¿Ha notado, Villegas—dijo Lara Rojas, ya fuera de la casa—cuanta intimidad está teniendo este safilo de don Juan Viñas co nel señor don Ignacio?... ¿A qué le huele esto?

Villegas movió sus pequeños ojos inquietos, aspiró fuertemente su puro de perilla y alzó los hombros por toda contestación.

—Pues la cosa es clara y ningún misterio encierra—dijo el Contador de la Sucursal del Banco Nacional—Don Juan Viñas asociado a los señores del Llano va a construir una gran vecindad modelo...

—¿Don Juan Viñas?—inquirió despectivamente Lara Rojas.

—Don Juan Viñas, joven, tiene cuarenta mil pesos en pura pasta...¡ Este mismo don Juan Viñas que hace veinte años nos llegó de pantalonera de gamusa, zapatones bayos y recio sombrero de palma, armando un zangarro con unas cuantas docenas de adobes, un montón de paja y algunos tercios de carrizo, y que surtió luego un tendajón con media docena de botellas desiguales, llenas de agua teñida. Este don Juan Viñas que, hoy por hoy, ocupa la mejor casa y es el primero de nuestros comerciantes en el ramo de abarrotes.

Rodríguez, el dependiente de "La Continental" que siempre hacía filosofía, tomó la palabra con febril acento:

—¿Comprenden ustedes, señores, cuántas privaciones, desvelos y miserias significan esos cuarenta mil pesos?

—¡No le pido al cielo una fortuna así!—dijo Lara Rojas con inmenso desdén.

—Una fortuna de cuarenta mil pesos conquistada en veinte años de ruda labor, joven, debe ser la fortuna de un hombre honrado.. Digo hasta donde al comerciante le es posible el ser honrado... Porque, amigos míos—prosiguió cada vez más exaltado—ustedes no me van a convencer de que pueda ser honrado el que viniendo al mundo sin traer siquiera la tira de manta que le defienda el ombligo sea dueño de.... medio millón de pesos, por ejemplo, en ningún tiempo de su vida.

—No sé a dónde va eso—respondió picado Villeguitas. Y tirando el puro con enfado añadió:—Si se refiere usted a los señores del Llano, le contestó que me distinguen con su amistad... y que cualquiera de ellos puede enseñar a usted a honrado, porque la honorabilidad de una casa, amigo mío, está asegurada en su caja fuerte y no en la lengua del primer pelagatos que quiera atacarla.

—¡Bravo!... ¡Bien por Villeguitas!... ¡qué tal sofocón! —dijo Lara Rojas al oído de su inmediato.

Y como Rodríguez era tan escaso de puños como sobrado de lengua, optó por reír a todas sus anchas.

Luego que acabó de reír, se puso serio y habló otra vez:

—Caballeros, el oráculo de ustedes es el yanque: ustedes no saben ni tienen obligación de saber otra significación de la palabra negocio, que la que el yanque les ha enseñado. Bien, puesto que venimos pasando el rato, yo, que no solo he vivido como ustedes de ratón de archivos y cajas fuertes, les voy a enseñar otra definición de la palabra negocio; no la inventada por los desvalijadores, sino por los mismos desvalijados... Y no se rían, que la cosa puede resultar un día con otro más seria de lo que parece..

Habían llegado a la esquina de una calle en donde debían separarse.

—una palabra no más, señores...

La faz enjuta de Rodríguez adquirió un aire de extraña fiereza; sus ojos miopes chispearon tras de los gruesos cristales de las gafas; sus labios y las líneas de su rostro agitáronse con leves extremecimientos.

—¡Este va a acabar loco!—pronunció Lara Rojas en voz baja.

—¡Cuidado, señores, si es interesante tal definición. "El negocio es nuestro trabajo, hecho dinero en el bolsillo de "ellos". Eso dicen varios millones de seres humanos que por momentos se están dando cuenta de que lo son... Dije... Buenas noches, caballeros.

Lara Rojas, frente a un escritorio de cortina, escribía directamente, amontonaba sobres y después los iba llenando con las circulares de la nueva razón social "Del Llano Hnos., S. en C."

Hacía nueve días del fallecimiento de don Juan José y no quedaban ya más recuerdos de él que los triángulos negros esquinados arriba de los membretes y, en los dinteles, moños de listón que el aire y el polvo habían convertido en pingajos incoloros.

Una señora entapalada, de humilde aspecto, entró mirando a todos lados, hizo una reverencia a Lara Rojas y a indicaciones de éste, tomó un asiento. Su mirada recorrió to-

do lo que pudo abarcar: las puertas de la casa abiertas de par en par, acabados de encerar los pisos, aromosos y flamantes los archiveros, mesas y pupitres. La viejecilla lanzó un profundo suspiro y mirando al cielo se puso a meditar.

Media hora transcurrió sin que se oyera más que la crepitación de la ágil pluma de Lara Rojas y, de tarde en tarde, el desafinado carraspeo de la vejarruca.

Entró un charro de pantalón de dril, chaqueta y sombrero grises, preguntando por don Ignacio. Tomó un asiento. La viejecilla ansiosa de conversar, dijo:

—¡Qué pesar tan grande para estos señores!

Y suspiró otra vez.

Pero Lara Rojas ni siquiera levantó la cabeza y el charro con el sombrerote en las rodillas se había quedado ya con la boca abierta contemplando una estampa de la Torre Eiffel en el muro del frente.

Villeguitas llegó después muy apresurado, con el sombrero echado hacia atrás y el chaleco abierto.

—¡Ola, ola, don Boni; me tomó la delantera!.. Vengo de buscarlo.. Señores, buenos días.

El charro se levantó y fue a dar su mano a Villeguitas.

—Aquí viene ya don Ignacio. Por supuesto que se trajo las escrituras, don Boni.

—¿Escrituras?... ¡No hemos hablado nada de eso!

—Hombre, don Boni, las escrituras son indispensables; sin ellas no hay negocio... no se puede hipotecar...

El charro hizo un gesto de sorpresa.

—Sí, hombre, don Boni, es preciso hipotecar... Pero no se sulfure, todo se arregla... Don Ignacio tiene las cajas abiertas para usted—agrega en voz baja,—pero "business es business...."

La viejecilla y Lara Rojas se pusieron en pie; acababa de aparecer en la puerta la correcta figura enlutada de don Ignacio. Saludó afablemente y, sin detenerse, tomando un brazo del charro y otro de Villeguitas, los tres entraron al despacho.

—¡Qué señores estos del rancho tan tontos!.... Todo lo quisieran arreglar bajo su palabra de honor... Hacen muy bien los señores del Llano en ser tan exigentes....

No se detuvo más de hablar la viejecilla; interrogó al empleado sobre el carácter que tenía en la casa Del Llano, el sueldo de que disfrutaba, la salud propia y de sus parientes, y cuando se hubo convencido de que Lara Rojas era dueño de la confianza de sus jefes, y nada menos que el secretario de don Ignacio, no tuvo empacho en hacer confidencias. "Estoy vieja y llena de achaques; un día con otro Dios Nuestro Señor se acuerda de mí, y antes de que la pelona me agarre desprevenida, arreglaré mi memoria donando a Nuestra Santa Madre Iglesia los tres tlacos que tengo. Ya hablé con el padre Jeremías del Llano, ya quedamos en que el camino más seguro es escriturarlo todo a favor de alguna persona acomodada, de moralidad y que tenga mucho temor de Dios, ¿Quién puede igualar en esto al señor don Ignacio del

Llano?... Así, pues, los dinerítos escaparán de caer, ya sea en manos del gobierno o de unos parientes que están esperando con ansia que yo estire la pata.... ¿No le parece a usted? Y no soy la primera por cierto (usted debe de saberlo mejor); así lo han hecho las muy Reverendas Madres sor Inés y sor Catalina de Jesús, poco más que millonarias; mi comadrita doña Ruperta Torrecillas; don Nicomedes de la Peña, y tantos y tantos más...

Cortó la confidencia la entrada de Rodríguez, el dependiente de "La Continental."

—¿Está don Ignacio, Lara Rojas?... ¿Sí?.... Pues lo esperaré.

Sacó un periódico y acercándose a la vidriera de la ventana comenzó a leer.

—¿Y usted qué es, Rodríguez—le preguntó Lara Rojas—maderista o porfirista?

—Pues, hombre... maderista... cuando menos por el momento.

—Toda la plebe es maderista; pero no es eso lo mejor, sino lo de "maderista por el momento". Las ideas fijas!.... los principios inquebrantables!...

Rodríguez se rió.

—Mire, Lara Rojas; el maderismo es ahora la revolución, y toda revolución, siempre, indefectiblemente, lleva consigo una aspiración de justicia, la aspiración de justicia que todos los medianamente equilibrados llevamos en el corazón. Supongamos que el maderismo triunfa, que el maderismo se suicida, convirtiéndose en gobierno (pues el gobierno no es otra cosa que la injusticia, reglamentada, que todo bribón lleva en el alma)... ¿Es ilógico ser hoy maderista y mañana antimaderista?

—¡Diablo!... ¡cuánto disparate!.... hasta anarquismo!

—No se le queme la boca, Lara Rojas. ¿Quiere una poquita de agua para que se le refresquen los labios?

La puerta del despacho se abrió y de bracero con el charro salió Villeguitas.

—Hasta luego... ¡Ravachol!—dijo a Rodríguez, al pasar.

Rodríguez lo vió de reojo, después al charro, y contestó:

—Adiós... San Camilo!...

Y se adelantó a ganar la puerta, a punto en que una voz fresca y femenina le detuvo.

Era la de Esperanza Viñas que llegaba inquiriendo por don Juan.

VI

—Nunca viene antes de las doce—le contestó Lara Rojas en tono brusco y sin dejar de escribir.

Esperanza, ruborizada, intentó salir luego; pero Rodríguez se adelantó a tenderle la mano, viendo que ya la viejecilla se había colado dentro del despacho.

—¡Viene usted muy guapa, Esperanza!

—Y usted se ha vuelto muy galante, Rodríguez—le contestó ella con zalamería.

—Galante, sí, ciertamente, sobre todo si se me compara con algunos

tios que tienen menos educación que un chimpancé.

Esperanza vió al sesgo a Lara Rojas y sus dos ojos pequeños, vivarachos e intensamente expresivos, dieron las gracias a Rodríguez.

—Hasta luego, me voy, me voy... Los caleros están esperando, desde hace dos horas, a mi papá, y no lo puedo encontrar.

—Que los caleros esperen... Vamos a ver ¿para quién se ha trajeado así?

Esperanza echó un vistazo a su falda gris de invierno, muy ajustada a su cuerpecito bien formado, y, luciendo sus dientes blancos y menudos, contestó:

—Pues para usted, hombre, para usted...

—O para Ricardito de Lara, por ejemplo.

Esperanza plegó con monería su hocicuito de rorro en un gesto despectivo.

Rodríguez, sonriendo, se caló las gafas, hincó sus ojos de aguilucho, incitando a la muchacha a hablar.

—¡Bha!... ¡el pelmazo ese de Ricardito de Lara! ¡Con su cara de cirio pascual y sus cabellos de pilote tierno!

Luego, muy ruborizada, se mordió los labios:

—Dispense, señor Lara Rojas, no me acordaba de que Ricardito es su sobrino... la culpa es de este diantre de Rodríguez que tiene gusto especial en hacer hablar a uno de más... ¡Son puras bromas, señor Lara Rojas: no se enoje usted.

Esperanza encogió los hombros y se apretó la nariz. Rodríguez soltó una risa sabrosa y larga; pero Lara Rojas parecía no percatarse de nada, arrebatado por una fiebre de trabajo.

—Bueno, Rodríguez—dijo Esperanza, poniéndose muy seria y llamándolo a distancia de Lara Rojas—¿qué le va a usted con que yo tenga o no tenga novio, con que sea éste o el otro, que no hay ocasión que deje de preguntármelo, como si esto le interesara tanto?

—Es muy sencillo de explicar; ahora le hablo de usted, y todavía ayer le hablaba de tú. Claro que si yo, después de haberla traído en mis brazos, tamañita así, de haberla ayudado a desatar la lengua, a saborear golosinas, fuí su mentor con las muñecas, bien puedo aspirar a seguir siéndolo con... sus muñecos.

—Pues sepa mi mentor, entonces, que no tengo novio ni quiero tenerlo, porque el que me gusta para marido tiene un pero... ¡un pero del tamaño de la parroquia!

—¡Anda, Esperanza... cuenta!

—Sí, figúrese que es viejo, feo y, lo que es peor todavía... ¡pobre!

—¡Caracoles! Me asustas, Esperanza.... ¿No sería acaso alusión personal?

Esperanza prorrumpió en una risa fresca y sonora y escapó de ahí, rápidamente, y al agitarse sus ropas dejaron el perfume del agua y el jabón.

—Ola, Rodríguez, ¿aún hace usted sus bellas conquistas?—dijo Lara Rojas con insidia.—La verdad es que su amiguita es muy simpática.

—Esperanza es fea, amigo Lara Rojas—pero tiene algo que a otros les hace falta, cerebro y corazón.

—¡Qué fea, hombre! Su amiga es

un tipo distinguido.. un bello ejemplar de la heroica raza de Cuauhtemoc.... ¡Lástima que, por eso, los afeites le resultan como una pistola a un Santo Cristo...!

—¡Qué bausán es usted, Lara Rojas!

Se abrió el despacho de don Ignacio, quien salió departiendo muy amablemente con la viejecilla. Rodríguez fue a su encuentro con una cartera en la mano. Don Ignacio la tomó, pidió pluma y tinta y, de pie, firmó algunos documentos que en seguida devolvió a Rodríguez.

—¿Ha venido don Juan Viñas?—interrogó al escribiente.—¿No? pues dígale, cuando llegue, que lo espero en su obra.

Don Ignacio se marchó. Rodríguez se detuvo todavía a arreglar de nuevo los papeles en el cartapacio, mientras que Lara Rojas seguía escribiendo direcciones y más direcciones.

A mitad de la cuadra Rodríguez tropezó con don Juan Viñas.

—Le han tomado la delantera, don Juanito—le dijo—¿Ve aquel coche, allá, al extremo de la calle? Pues es el de don Ignacio que va a esperarlo a esa famosa obra que está usted construyendo

Don Juan levantó las manos al cielo, afligidísimo.

—¡Pero como no me lo anunció!... Yo habría estado a esperarlo desde antes de abrir el despacho... Pero ¡qué pena! ¡qué mortificación!...

—No es para tanto, don Juanito; se pierden sólo unos segundos. Tomamos el tranvía que acaba de salir de la plaza. Yo tengo que ir a recoger unas firmas por ese rumbo; lo acompañaré hasta su propio terreno.

—¡Válgame Dios, qué pena que llegue el señor don Ignacio y no me encuentre!

Resignado, don Juan tuvo que subir al tren que se acercaba.

—¿Y qué tal?—interrogó Rodríguez—¿ya marcha eso?

Don Juan no le contestó; su atención iba puesta en la llave del motorista.

Parecíale extraordinariamente lento el movimiento, interminables las paradas a cada esquina; su desazón e impaciencia pisaban aquella su cara bonachona, cercada de negra barba, de ojos dulzones, como efigie de Divino Rostro.

—Pero ¿deveras, don Juanito, es empresa de chispa eso?—insistió Rodríguez.

Don Juan se extremeció como volviendo en sí.

—Sólo dos personas en el mundo, Rodríguez, ponen en duda el éxito de este negocio y dos personas... ¡ja, ja, ja!... que no tienen cara para decir "esta boca es mía".... usted y mi mujer.... Pero mi mujer está disculpada, al fin y al cabo las mujeres qué saben de negocios; pero ¿usted, Rodríguez, usted que ha echado canas en el comercio, venirme a mí con esas?... ¿Se acuerda, Rodríguez, de lo que me dijo hace diez años, cuando pretendí cambiarme de "El León de Oro" a "La Sultana"? Don Juanito, "La Sultana" le viene floja; allí no va a sacar ni para la renta! Mi mujer fue exactamente de la misma opinión. La fortuna mía ha sido no hacer caso de mi mujer ni de usted para estos

asuntos, y a eso debo el haber hecho el capitalito que tengo. ¿Digo mentira, Rodríguez?

—Es cierto—contestó el dependiente de "La Continental" humillado, meditabundo. Luego siguió hablando consigo mismo, la mirada vaga y soñadora, entregado a uno de tantos soliloquios que le eran habituales. "Debo de ser financiero detestable. Tengo veinticinco años de servir, yo que odio la servidumbre. En veinticinco años he criticado con saña sangrienta cada proyecto de mis patrones; he reído con todo placer de la estupidez de mis jefes y sus congéneres. Y, he aquí, que mientras ellos siguen enriqueciéndose cada vez más, solo de canas me he enriquecido yo. Seguramente que ésta mi lógica de la que tanto me envanezco no es sino el colmo de lo ilógico."

—¡Ah qué Rodríguez!—clama don Juan!— ha perdido usted el tiempo en leer libros y papeles que a nada conducen, que no dejan nada!

Rodríguez oyó la voz de don Juan, lejana y sorda, como iba escuchando el rodar del tren. Y siguió hablando:

"Todo se reduce, pues, a que mi mundo interior no concuerda con el mundo real, o, lo que es lo mismo, a que soy un inadaptado, un fracasado.... ¡Y sin embargo!... '

El tren se detuvo en una parada y don Juan Viñas, como loco, se echó a correr por la tierra suelta, en dirección al carruaje de don Ignacio del Llano, que acababa de descubrir inmediato a las fincas en construcción. En su entusiasmo había olvidado despedirse de Rodríguez.

Este lo vió correr envuelto en una nube de polvo, y sonriendo, repitió entre dientes: "¡Y sin embargo..."

VII

Al pasar por "La Sultana," don Juan se detuvo estupefacto: veía en las rendijas de las puertas los filetillos rojos e indecisos de una luz interior. Llamó con desasociego.

—¿Eres tú, Juan—hablaron dentro.—Allá voy, allá voy.

—¡Qué susto me has dado, mujer! Pero ¿qué haces a estas horas?.... ¡las once y media!

—Como tardabas en volver, vine a recoger la ventana—respondió sencillamente Elena.

Echó los grandes aldabones de la puerta y tornó a envolver pilas de centavos en cuarterones de papel.

Apagadas las bombillas eléctricas, sólo una débil lámpara de aceite, cerca del contador, poblaba de penumbras el alongado despacho. Don Juan recorrió minuciosamente las cerraduras, puerta por puerta.

—¡Anda!—clamó de pronto—¡sí Esperanza tampoco se ha acostado!

Por un instante se detuvo a contemplar a su hija que, en un extremo, arrellanada en un sillón, torcido el busto, los brazos sobre el mostrador y la frente sobre las manos, dormía apaciblemente.

De puntillas regresó hacia su mujer.

—¡Qué guajolote, Juan!.... ¡Un caldo de alabar a Dios!—dijo Elena, chupándose los labios.

—¿Y el pulque?—interrogó don Juan, dándose una palmada en la frente

—¡Ah, ya sabía que habrías de olvidarlo.... has tenido tanto que hacer! Pero ya lo he encargado. De "La Xochitl" y del más tiernito....

—Bien hecho... el chamaco no prueba de otro. No se quejará ahora de que sólo a papá se le festeja con pulque y guajolote en su cumpleaños Le habría traído hasta música; pero estamos de luto.... ¡los señores del Llano!... tú sabes.... Pícaro muchacho; me ha dejado con tamaña boca con su relación de los virreyes. ¡Qué sabía yo de virreyes. En mi tiempo no se enseñaba eso: silabario, Catecismo del Padre Ripalda. Fleury y la cuarterola.... ¡Ese él!... ¡qué bien nos enseñaba la cuarterola tío Chonito. El no sabría ni con qué mano se persignaba; pero en eso de la cuarterola no tenía cuate...

—¡Ah, pudiéramos mandar a Juanito al colegio el año que viene—dijo suspirando Elena.

—Bien sabes que ahora es imposible.

—El año pasado era fácil... tan fácil que lo dábamos por hecho.

—El año pasado no pensaba siquiera en la empresa de ahora, tú lo sabes.

Elena suspiró otra vez, pero no replicó.

—Es cosa de esperar dos años solamente—agregó don Juan, afligido de la pena de su mujer;—dentro de dos años comienzan los beneficios..... ¡y qué utilidades!..... Ya verás, Elena; nuestros rendimientos van a doblarse sin más trabajo que estar extendiendo recibo y recibos. La obra está comenzada; dentro de un año, es decir, en noviembre o diciembre del entrante se concluye; en cuatro meses las fincas estarán secas y habitables; y luego...rentas y rentas....

—Y réditos y réditos—le hizo eco Elena.

Don Juan dió un salto.

—¡Pero es que tú no me quieres comprender, o que yo no puedo explicarme!...

Paseó sus dedos gruesos, encallecidos, por la revuelta cabellera y frunciendo el entrecejo, muy preocupado, dijo:

—Mira, Elena, por ejemplo...

Extendió sobre el mostrador una hoja de papel de estraza y comenzó a echar líneas y cifras.

De A a B las fachadas oriente, de B a C las norte... Estas rayas son las divisiones.... ¡Fíjate! cada casita tiene su sala, recámara. patio y aquí su excusado y baño Atlonde, veinte casitas por cada costado, ochenta por manzana.... ¿Cuánto puede ganar cada una, Elena?

Como su mujer no le contestara ya, entretenida en alinear montoncitos de dinero en la caja fuerte, don Juan optó por responderse:

—¡Diez pesos, clarísimo! Sin disputa alguna, casa por diez pesos mensuales en esas comodidades, es regalada Y bien ¿qué obrero que gane un peso diario no puede destinar diez pesos mensuales a una buena casa? Ochenta casitas, pues, a diez

pesos mensuales ¿qué tantos pesos nos dan?

—Ochocientos pesos, papasito—clamó de súbito Esperanza, alborozada y de pie.—¡Qué gusto! entonces si voy a comprarme mis zapatillas de tacones altos, altos; unas medias caladas, como las que trae Teresa del Llano.... ¡pobre y tan fea!... ¿Se las vió en misa, mamá? Primorosas, se ve el tejido muy fino como tela de araña y luego un color de rosa bajito, muy bajito. ¡Ah, y también un traje "hecho"; no como éste.... ¡parece criada!

Levantó un poco su falda de percal y, con un compungido mohín, se vió las botas descosidas, con los botones descabezados y las suelas torcidas.

Don Juan la atrajo y la besó en la frente.

—Mañana vas a "La Carolina", pides el calzado que más te guste y escoges una falda.

Esperanza, pasmada, abrió los ojos y se apretó las manos llena de regocijo.

—¡Ah, qué Juan!—exclamó Elena desaprobando el despilfarro.

—A ver, papá, enséñame los proyectos—dijo apresuradamente y como si temiera una discusión que echara por tierra los ofrecimientos de don Juan.

Tornó éste a desplegar sus papelotes y con mayores ánimos repitió las explicaciones. Y vuelta a tirar líneas y a echar número, sumas restas y multiplicaciones. Y que tantas hornadas de ladrillo y tantas toneladas de cal, y que la mano de obra...

Puso los papeles sobre la falda de Elena. Esta había acabado de contar el dinero y escuchaba distraídamente, descansando su cara delgada y medio marchita sobre una mano larguirucha, magullada por el mucho trabajar.

—¡Cuarenta mil pesos—continuó excitado vivamente don Juan—cuarenta mil pesos, centavo más, centavo menos, es el costo total de la obra. Y bien, veinte mil los tengo depositados en el Banco hace cinco años, veinte mil están en papeles seguros... ¿A qué vienen, pues tus repulgos?

—Lo que yo digo es que si ahora no somos ricos, nada nos falta tampoco.

—Mamacita—dijo Esperanza, impaciente—nos harían daño dos o tres pesos más, por ejemplo, en tu diario?

—Todo santo y muy bueno, ya lo dije; pero Juan va a coger ahora un negocio que no conoce.

—Cuando mi papá puso su tendajón con catorce pesos de capital no sabía vender ni caramelos. Tú me lo has contado

Encantado de la respuesta, don Juan volvió a besar a la muchacha.

Elena inclinó la cabeza: pero sin acritud

—¡Dios Nuestro Señor tenga en su santo descanso el alma del señor don Juan José del Llano!—exclamó fúnebre don Juan. A él le deberé todo. A ti no te he contado, Esperanza, cómo pasó esto. Pues ya verás, un día fuí a dejar un depósito al Banco; don Juan José, que charlaba dentro con el gerente, disimuladamente se acercó y me dijo: "espéreme, don Juan, por allí nos vamos juntos." Yo estaba admirado, pues

aunque don Juan José y yo nos conocíamos, nunca se había cruzado una palabra entre nosotros. Buenos días y se acabó. Bien, salimos a la calle, y me habló así: "Pero, hombre, don Juan Viñas, usted todo un comerciante, se resuelve a tener veinte mil pesos depositados, con la miseria del cuatro por ciento anual? ¿Eso no es ser comerciante? Vaya por allá a su casa; Ignacio, mi hijo, le dará cualquier bonito negocio." ¡Dios lo tenga en su santo reino!

—¡Amén-bostezaron las señoras. Y los tres, silenciosamente, se retiraron a sus aposentos.

VIII

—Señora Cleta ¿a qué se le ha olvidado moler los plátanos? ¡Sin los plátanos este mole resulta un caldillo que ni para echarlo al caño! Aquí está todo el secreto de mi poblano.

Señora Cleta gruñó quién sabe qué respuesta y volvióse a anudar sobre el metate, pasando y repasando los chiles anchos.

—Tres cosas debe tener un buen plato—prosiguió Elena;—sano, sabroso y barato.

Entonces habló claro señora Cleta. Dió la lista de las casas grandes había donde había servido; enumeró los platillos especiales que sabía confeccionar; se acordó de las enchiladas que le hacía al marqués de "Las tres Ciénegas" y que le valían siempre un peso reluciente de partitita plata "¡Ah! pero para estos platillos tres cosas son necesarias: dinero, dinero y dinero!.... ¡Como que recaudo hace cocina, no Catarina!"

—¡Qué piernas de muchacho!—exclamó Elena, oyendo el golpeteo de las botas nuevas de Juanito y el estruendo que media docena de muchachos, el mayor de doce años, armaban correteando por el patio, como potros broncos.

—No se te olvide, Esperanza, que el alón y las mollejas son para Juan grande—siguió, sacando con la punta de los dedos y prontamente, de dentro de una olla de barro, toda negra de hollín, trozos vaporizantes de carne blanca que se desebraba de cocida.

Se oyó un grito destemplado, agudísimo, bruscamente interrumpido por un silencio completo.

Esperanza y Elena se echaron fuera de la cocina.

En mitad del patio estaba Juanito, boca arriba, tendido a todo lo largo, e inerte. Los chicuelos, a distancia, lo miraban con pavor.

Elena, blanca como un cirio, retrocedió hacia la pared para sostenerse Por la puerta de la trastienda, con acceso al patio, asomaron una cachucha y unas barbas recias. Esperanza corrió hacia Juanito, le alzó la cabeza, y sentándose sobre las baldosas lo recostó suavemente sobre sus piernas, se levantó la orla de la falda y lo cubrió.

El muchacho volvió en sí, dando un berrido suficientemente vigoroso para tranquilizar a la familia.

—No es nada—dijo Esperanza;—sangre de la nariz....

Don Juan, que tenía medio cuerpo fuera de la ventana de la trastienda, tiró el cucharón del dulce y en un salto se puso de lado de Juanito y lo besuqueó furiosamente y lloró con él. Elena, la punta del delantal sobre la cabeza, embarrados los cabellos sobre la frente y las mejillas empapadas de sudor, se acercó a cerciorarse de que no había sufrido contusión alguna el chico.

Juanito bramaba.

—Agua fría y un pedazo de papel de china para detenerle la sangre—dijo Esperanza.

—¡Mala señal!... ¡En día de su santo!—pronunció Elena.

Momentos después, Juanito, con un pegote azul en la frente, retozando con sus compañeros con igual furia que antes, lo había olvidado todo.

—A ver Esperanza—dijo Elena en la cocina otra vez—ven a probar esta ensalada. Tengo la boca amarga, amarga...

Un nuevo tumulto se produjo en el patio. Rodríguez entraba con la cuelga de Juanito. La turba de chiquelos se avalanzó sobre él y casi lo derribaron. La gritería era descomunal; la misma señora Cleta, encorbada y cojitranca, salió de la cocina a la novedad.

—¿Qué es?.... ¿qué es?....—daba voces Elena.

—¡Anda, mamá!... ya sé: es Rodríguez—dijo Esperanza con sus ojos brillantes de alegría.

—Niños ¡por Dios!—gritaba, a risa y risa, don Juanito, otra vez a la puerta de la trastienda.—¡Dejen a ese pobre hombre!... ¡Déjenlo ya!

Elena se apretaba las manos; pero no podía tampoco contener la risa. Rodríguez casi desaparecía entre cabezas, piernas y brazos de niños; cuerpecillos que se le pegaban a los lados, por delante, a sus espaldas, y le trepaban a los hombros.

—¡Viva Rodríguez—clamaba Juanito con berridos que taladraban el oído.

—¡Viva Rodríguez!—contestaba la turba. Y los gritos se oían en toda la manzana.

Rodríguez, rojo, caliente, sofocado, pero radiante de felicidad, logró escapar de la turba que ahora se tiraba por el patio, de barriga, a recoger piñones, cacahuates, cañas y nueces, ya con los bolsillos apretados de naranjas, plátanos y manzanas.

A las dos de la tarde todo el mundo estaba ya en la mesa; sólo Elena se había retirado a su recámara. Desbordando una pequeña silla de tule con sus anchas caderas de multípara, abría su camisa al gandúl de trece meses que se avalanzaba, voraz, sobre el blanco y redondo pecho, hasta dejarlo acerado y flácido. A sus oídos llegaba la incesante garrulería de los chiquillos, las carcajadas sonoras de don Juan y la voz grave y acompasada de Rodríguez. "¿Por qué no viene Elena a comer con nosotro?—"preguntó éste. Y Esperanza—con voz dulce que parecía un canto, le contestó: "Porque nadie aguanta la cólera de Perico cuando le ha llegado la hora. Está dándole de comer."

Por la tarde fue la merienda. El carro partía apretado de muchachos:

los amigos de Juanito y los dependientes de "La Sultana". Los señores graves seguían detrás, unos a caballo y otros en burro.

—Mucho juicio—recomendó don Juan, volviéndose a los chicos—¿qué los señores del Llano sí saben que yo, Juan Viñas y mi familia, andamos de bervena, cuando a ellos les aflige su pesar?

—Descuide don Juanito—advirtió el de la bizcochería "La Vencedora," invitado por ser vecino—descuide que los señores del Llano no saben ni como se llama...

—Ni que madre lo pa.....riente agregó don Matías el prestamista.

Pero como tan mal hablado era don Matías (a) "El Coyote" como envidioso don Tanilo el de la bizcochería, Viñas no se dió por entendido y prosiguió adelante, grave y pensativo.

—¡Qué guapo viene tu novio!—dijo Esperanza a Cuca Ramírez, reparando en la indumentaria dominguera de Ricardito de Lara. Iba a pie sobre los largueros del carro, tirando furiosamente de las riendas, los puños de celuloide hasta los dedos, el sombrero de paja hundido hasta la nuca.

Josefina Rangel se chupó la lengua y enarcó las cejas, mirando al guapo; pero Cuca Ramírez hizo un mohín de indiferencia No podía ruborizarse siquiera, porque su cútis marchito prematuramente, su tez enfermiza, no daban lugar a ello.

Juanito gritaba, azotando las ancas de las mulas y las hacía galopar.

Las bromas de Esperanza con los dependientes de "La Sultana" trajeron la familiaridad. En breve todos reían, hablaban y gritaban. Sólo Rodríguez, acomedaticio por excelencia, que entre Esperanza Viñas y Cuca Ramírez venía en la tabla posterior del carro, las piernas colgando, permanecía mudo e indiferente, la mirada en el cielo luminoso, aspirando el aire puro del campo, la frescura de la arboleda a los lados del camino, el aroma de las yedras abiertas y de la flor de los huizaches.

Ricardito de Lara llegaba a punto de galantear a Esperanza y Esperanza coqueteaba con él por ver la cara de Cuca Ramírez.

—¡Pero qué es eso, Rodríguez! Cuando todos reímos usted parece uno de los Santos Varones de viernes santo!—clamó regocijada Esperanza.

—Para una Esperanza ... un Ricardito!—contestó Rodríguez.

Ricardito aplaudió con entusiasmo, y Esperanza, sin saber por qué, se puso muy encendida.

El carretón se detuvo a inmediaciones de un bosquecillo y las muchachas se apearon. Los señores viendo una sombra fresca en un hemiciclo de enormes fresnos, se encaminaron hacia tal sitio y se echaron en tierra a descansar, mientras que ellas corrían con los muchachos a buscar yedras y maravillas para hacer "gallos".

—¡Cuidado, don Juanito, que ahí entre esas matas ha saltado don Ignacio del Llano—gritó don Matías, pasando su mano con rapidez por los ojos abismados de don Juan Viñas—¿Qué piensa tanto?

—Hemos venido a tirar una cana al aire—dijo don Tanilo—desarru-

gue esa entrecejo y que venga la cerveza.

—A don Juanito se le ha clavado en la mollera su "Vecindad Modelo" y mientras no la vea acabada no ha de haber quien le saque la espina... Salud, señores... A boca de botella es.... superior!

—Bien, don Juanito ¿es verdad que es un negocio fabuloso?

Don Juan sonriendo, feliz y envanecido, habló entonces con toda gravedad. Todos le hicieron ruedo.

Tartajoso, expuso sus pensamientos. ¿Que cuál era su lema en el trabajo? Dios dice "ayúdate que yo te ayudaré." Cuál es su secreto para hacer dinero?... ¡Ps! ¡ps!... sencillísimo: paciencia y tenacidad. Se ahorra el centavito, porque con un centavito se completa la pila de veinticinco; se cuida la peseta, porque con cuatro pesetas ya está hecho el peso, y el peso sirve para completar el primer billetito de a cien y éste se cuida como la niña de los ojos para llegar a convertirlo en uno de a mil.... Y así sucesivamente. Paciencia, tenacidad y.... ¡honradez! Eso es el secreto de todo el que tiene dinero.

—¿De modo que usted cree, don Juanito—observó el prestamista—que los millonarios han hecho su caudal, trabajando?

—¡Hombre, qué preguntas! pues seguramente.... Y si ellos no, sus padres o sus asendientes—contestó firmeza de roca.

—Evidentemente — habló Rodríguez que hasta entonces se había mantenido callado y muy curioso del giro que iba tomando la conversación— tiene razón don Juan, y hasta don Matías con su pregunta insidiosa, tiene razón. Cuestión de palabras. Don Juanito llama trabajo el vender arroz, garbanzos y azúcar y don Matías llama robo el apoderarse del trabajo de los gañanes, de los bienes de menores, del haber de viudas indefensas, el quitarle hasta la camisa al prójimo con la ayuda del Gobierno. Pero todo se reduce a una cuestión de palabras. Unos trabajan vendiendo el garbanzo, bien picado, revuelto con el de la última cosecha y salen de sus mulas; le quitan los cien gramos al kilo; rellenan de huesos la morcilla, etc., etc.... Unos, pues, no se andan por las ramas, de un sólo golpe desvalijan a la docena de cándidos que se les presentan; los otros se van comiendo muy poquito a poquito a los suyos. Quiere decir que su trabajo, el de aquellos y el de éstos, no difiere en calidad... sino en cantidad. ¿No es cierto, don Matías?

Don Juan permaneció un instante indeciso, sin comprender muy bien; pero cuando vió reir a don Matías a pierna tendida, barruntó el sentido de lo dicho por Rodríguez, se puso en pie, furioso:

—¡Rodríguez, miente usted, miente usted!... Si no lo conociera tan bien no le perdonaría.... ¡Miente, miente!.... Le gusta picarme la cresta... eso es todo. Pero eso que dice, ni usted mismo lo cree.... señores: yo les juro por lo más sagrado que hay en mi memoria, que jamás he robado un centavo a nadie.

Respiraban tanta buena fe y tal candorosidad sus palabras, trascendían una ingenuidad tan infantil, que nadie se atrevió a replicar.

Y entonces don Juan se sintió vencedor por la fuerza arrolladora de su verbo y habló sin ton ni son. Sus palabras revelaban pensamientos confusos y embrollados; pero sus ojos decían la inocencia perfecta de su alma y su cara limpia, sin una arruga donde esconder un secreto, afirmaba una bondad inatacable.

—La fe hace milagros; la voluntad los hace más grandes. Usted es rico y se hará más rico y lo merecerá, don Juanito—dijo Rodríguez. —Señores, vamos a desentumecer las piernas.

Se levantaron y se regaron por el prado.

Al regreso reinó la misma armonía y más regocijo. Como Esperanza no había vuelto a atender las galanterías de Ricardito de Lara, este con miraditas tímidas y borregadas pedía perdón a Cuca Ramírez que hacía grandes esfuerzos por disimular su contento. Rodríguez se metió de nuevo entre Esperanza y la dependiente. Cuando comenzó a ponerse el sol, se puso sentimental.

—¿Ves que tarde?—le habló al oído a Esperanza, tuteándola como cuando era una chiquilla.—Mira los hilos del telégrafo como festones besados por una luz que se va.... Mira las casas de adobe vestidas de púrpura impalpable.... Esa sombra que desciende e inunda los campos de tristeza... Este cielo cubierto de plumones cárdenos.... ¡qué triste es este frío del atardecer! ¡qué triste!

Luego un silencio. Después más bajo todavía:

—Así son las tardes del otoño... ¡tristes!.... ¡como mi alma!

Esperanza sintió que Rodríguez estaba triste de verdad; pero no supo que contestarle.

—Hay que repartir la limosna entre los pobres, Ignacio—dijo Teresa rompiendo el silencio sepulcral que reinaba hacía largos minutos.—Fue su última voluntad—balbuceó llevándose el pañuelo a los ojos y evitando que las lágrimas abrieran surcos en su cara confitada.

El padre Jeremías volvió su rostro mortecino hacia Teresa. Don Bernabé se llevó el puro a los labios, sin alzar los ojos, y don Ignacio, derecho e impasible, continuó con su mirada de esfinge perdida en la media luz de nácar que un globo de alabastro difundía por los ámbitos del comedor.

Armonizaba con aquellas cuatro graves siluetas el decorado del comedor con un cristal roto y remendado del fondo y la talla barroca de los aparadores en las cabeceras, todo rasumando pujos de nobleza y austeridad.

Cuando un criado puso la sopera sobre la mesa, habló don Ignacio.

—¿En qué forma va a repartirse esa limosna?

—En dinero—contestó pronta Teresa;—lo he pensado bien: una boleta del señor Cura, la recomendación de persona cristiana y de conciencia bastaría para socorrer al que la presentara.

—Los pobres de profesión, es decir, los que menos necesitan, serían los beneficiados—observó con desmayada voz el padre Jeremías, acercándose el platillo de sopa vaporizante.

—Pues entonces—replicó Teresa, arreglándose la servilleta y metiendo bien las sortijas en sus dedos pequeños y achatados—se podría dar una mensualidad al hospital o a cualquiera otra casa de beneficencia. Se me había ocurrido tambén.

—Los donativos a las instituciones piadosas—dijo entonces don Bernabé—pasan por tantas manos, antes de llegar a su destino, que es más que problemático el beneficio efectívo.

—Y lo que acabo de decir—añadió el padre Jeremías dejando ver una llamita luminosa en el fondo de sus ojos habitualmente inexpresivos; —se beneficiarán, en todo caso, los pobres de solemnidad, mientras que los otros, los verdaderos pobres los que por vergüenza de su miseria sufren todos los horrores de la miseria.... esos, no alcazarían nada!

—Ciertísimo—afirmó Teresa con calor;—las viudas de familias decentes venidas a menos; los huérfanos que, en vez de una mano protectora encuentran abiertas las puertas de los vicios....

Don Bernabé miraba de soslayo el semblante enigmático de don Ignacio, esperando su parecer.

—Dice el proverbio: "lo que tu mano derecha dé, que tu mano izquierda lo ignore'—dijo don Ignacio;—así es que no interesa tanto la persona, cuanto la forma en que debe hacerse el donativo.

—Pues yo optaría por escoger diez viudas pobres, pero decentes, para que ellas recibieran el socorro en proporción a sus necesidades—dijo pronta Teresa.

—Bien ¿y recibirían el donativo en una sola emisión o en pequeñas partidas periódicas?

—En una sola, naturalmente—contestó Teresa.—¿Quién habría de estar soportando el constante espectáculo de rostros desconsolados a las puertas de la casa?

E irguió su busto lleno, arreglándose con la punta de sus dedos cetrinos los postizos del peinado.

—La razón principal no sería esa —agregó enérgicamente don Bernabé.—Principio inquebrantable ha sido de nuestra familia el no contraer nunca, ni por motivo alguno, compromiso grande ni chico, obligaciones propias ni ajenas.

Todos asintieron respetuosamente. Se habían olvidado de uno de sus dogmas.

—Entonces hay que hacerlo en una sola emisión—dijo don Ignacio—. Pues bien, hacer el donativo en una sola emisión es igual a tirar este dinero al arrollo. Supongamos, Teresa, que vas a disponer de mil pesos desde luego para dar principio a la obra. ¿Qué harías?

—Pues sin vacilación comenzaría por María Alamillo, la viuda de aquel viejo escribiente de nuestra casa que murió tísico el año pasado. Están en la miseria más espantosa; ayer vino a darme el pésame con su hija, Cuca Ramírez, la mayor, una jovencita de quince años. Son ocho por todos y, de ellos, cuatro están en cama de paludismo. Han hecho milagros con la ropa vieja que les di el año

pasado; todavía se visten con ella María está muy delgada y como un pan de cera; comienza ya a toser.

—Bien; pues si María Alamillo, hoy sin un centavo, recibe lo suficiente para comer una semana, lo primero que hace es correr al mercado a abastecerse de fruta, dulces, golosinas, muñecas para los chicos, y mañana mismo María Alamillo tose y se retuerce las manos de ver a sus hijos febricitantes, sin remedios y sin pan. Y si recibe lo suficiente para comer un mes, hace un festín y convida a todas sus vecinas; y si tiene para comer un año, inventa un viaje a Sonora, por ejemplo, donde es posible tenga algún desconocido pariente a quien visitar —dijo don Ignacio.

—Como si lo estuviéramos viendo —convino Teresa, conmovida hasta las lágrimas.

—Y a la mañana siguiente—concluye don Ignacio—María Alamillo, en la miseria más cruel, tose como tosió hoy y sigue apretándose las manos como se las está torciendo en estos momentos, al ver a sus hijos morir de hambre!

Interrumpió la palabra de don Ignacio la presencia del portero anunciando al dependiente Villegas. Presto se llevó la servilleta a los labios y salió a la puerta. Hizo entrar a Villegas hasta el corredor y ahí comenzaron a hablar en voz muy baja.

—Es Villegas—dijo don Bernabé —debe venir a avisar el resultado de la proposición que Ignacio hizo para formar una Junta de Caridad

—¿Qué objeto se propone esa Junta?—inquirió Teresa.

El padre Jeremías explicó que la carestía de víveres ocasionada por la pérdida de cosechas, durante dos años consecutivos había determinado, a última hora, una alza considerable en los artículos de primera necesidad, a punto tal, que los jornaleros que ganaban treinta y siete centavos diarios no alcanzaban con el sueldo ni para comer maíz y frijoles.

—¿Y qué?—exclamó Teresa convincente.—De que los pobres no tienen maíz ni frijoles, comen nopales... y ¡tan contentos!...

—¡Es la verdad—dijo el padre—pero es el pretexto para hacer algazara. Yo no sé quién ha despertado tantas ambiciones en la plebe que nadie quiere ya conformarse con la suerte que Dios le ha dado.

—¿Quién ha de ser?—exclamó tronante don Bernabé, parpadeando los ojos, temblorosos los bigotes grises y encerados—¿quién ha de ser sino el bandido ese de Madero que promete a los pobres hacerlos ricos? ¡naturalmente, con el dinero de los ricos! Una propaganda de bandolerismo se levanta por todas partes. Puesto que la tierra Dios no la hizo ni para éste ni para el otro, sino para todos juntos, pues vamos a repartirnos las tierras.

—¡El comunismo!—dijo lúgubremente el padre Jeremías.

—¡Sea lo que fuere—termina don Bernabé;—lo cierto es que la carestía es un hecho, que todo el mundo sabe que el bandolerismo se está desarrollando de una manera alarmante. Es preciso, pues, que mientras el gobierno nos manda fuerzas para sofocar cualquiera intentona de pillaje, tengamos pacífica a nuestra gente.

haciendo bajar el maíz lo más que sea posible.

Villegas se había retirado ya y don Ignacio, regresaba con mayor vivacidad en sus miradas y su gesto más animoso. Pero todo fué de breves instantes. Su cara de esfinge volvió á ocultar impenetrablemente su pensamiento. ¿Noticias buenas? ¿Malas noticias? Podía asegurarse que había noticias. Ni la descocada Teresa se permitía la más leve inquisisión: todos se doblegaban ante la severísima disciplina de la casa, dondo la discreción absoluta era uno de sus lemas.

Tras de un prolongado silencio, habló don Ignacio, al fin:

—Puede ser que se presente ocasión para cumplir con los deseos de nuestro padre de una manera mejor de las que hasta ahora se nos han ocurrido.... Quizás no sea muy tarde... tal vez mañana mismo en la Junta de Caridad.....

Dieron las diez. Solemnemente se pusieron en pie. El padre Jeremías dió gracias a Dios por los beneficios recibidos durante el día, luego se saludaron todos y se retiraron a sus habitaciones.

El acuerdo de la Junta de Caridad fué breve; pero "de los que deben grabarse con letras de oro en los gloriosos anales de nuestra historia" —dijo en su discurso Lara Rojas.

Y cuando don Ignacio se levantó para hablar no se oía el vuelo de una mosca

Su palabra fué seca, cortada, aguda y vibrante como de metal:

—Pongo a disposición del Ayuntamiento cinco mil hectólitros de maíz para que se realicen a la mitad del precio corriente en plaza. Me permito indicar las medidas previsoras siguientes. Primera: prohíbase la venta del maíz a precio mayor de tres pesos el hectólitro. Segunda: conmínese con multa de cien a mil pesos a los infractores.

—¡El gran timo!—susurró Rodríguez, asistente a la Junta, al oído de don Juan Viñas, su vecino—¡El timo de la Caridad!

Un voto aclamatorio aprobó sin discusión y un aplauso estruendoso estalló bajo las bóvedas de la sala del Ayuntamiento.

Lara Rojas, entonces, se puso en pie.

—Señores: en nombre del Muy Ilustre Ayuntamiento a quien tengo el alto honor de representar, en nombre del Pueblo Soberano de esta población, vengo a dar las gracias al insigne benefactor... al gran benefactor... mejor diré, a nuestro gran benefactor....

Lara Rojas, tosió, su pañuelo desalojaba su nariz, y raspaba, buscando las siguientes palabras de su peroración olvidada a lo mejor.

—Sombras beneméritas de Juan Pablo del Llano y de Juan José del Llano y de Lucas del Llano.... que reposáis bajo las bóbedas de este augusto recinto....

Y tendió su diestra hacia unos bustos bizcos y narigudos de patillas

blancas y cuellos descomunales que adornaban los muros del salón entre Miguel Hidalgo, Benito Juárez y don Porfirio Díaz.

—La proverbial filantropía de los señores del Llano... Jamás el pueblo atribulado acudió en vano a ellos. Señores: doy las gracias al señor don Ignacio y a su muy apreciable familia por tantos favores.

Un tic le hizo plegar frente, nariz y boca y descendió de la plataforma.

Don Ignacio volvió a hablar.

—Es de la más estricta justicia—dijo—advertir a ustedes que nada tienen que agradecernos a mí ni a mis hermanos; en el testamento de mi padre hay una cláusula.... un legado para los pobres por valor de quince mil pesos. Yo, como albacea debidamente autorizado, hago la distribución en esa forma.

La asamblea no pudo contenerse; los aplausos atronaban.

—¿Cuántos meses vamos a comer maíz picado, don Juanito?—preguntó Rodríguez socarronamente al oído de don Juan Viñas.

Pero don Juan le había cobrado mala voluntad y sin responderle, se contentó con hacer la señal de la cruz, la mano oculta dentro del bolsillo.

Cuatro meses el maíz se vendió a tres pesos. Maíz picado, podrido, engusanado y vuelto tamo A los cuatro meses justos y, de un salto subió a seis pesos.

Don Ignacio rindió cuentas, entonces, a sus hermanos. A horas calladas de la noche se reunieron en el escritorio. Don Ignacio abrió libros y Teresa hizo apuntes.

—Mi compra a García Rocha de Tepatitlán de quinientos hectólitros de maíz a dos setenta y cinco...Fletes, acarreo, embarque y comisiones.. ¿Total?

—Catorce mil novecientos noventa y cinco pesos, contestó, lista Teresa.

—Mi venta al Ayuntamiento del maíz de García Rocha, a tres pesos hectólitro....

—Quince mil pesos... Diferencia, cinco pesos.

—Bien—observó don Ignacio—la ganancia que debíamos haber obtenido en este negocio es precisamente quince mil pesos, puesto que se ha vendido el maíz a la mitad del precio en plaza. Quince mil pesos, justamente, repartidos entre los pobres, cumpliendo la última voluntad del testador. Ven ustedes como se ha cumplido, se ha hecho un beneficio general y equitativo, y todo sin sacar un solo centavo de la caja.... Pero hay más todavía. Escribe Teresa: cinco mil hectólitros comprados durante la realización del maíz del Ayuntamiento a tres pesos hectólitro.

—¿Pero donde han encontrado maíz a este precio?—preguntó admirada Teresa.

—La ley no permitió que nadie vendiera a mayor precio. Nuestros agentes Villegas y Lara Rojas se encargaron de comprar por cuenta de la casa todas las entradas que hubo en estos cuatro meses.... Bien, adelante, escribe: cinco mil hectólitros comprados a tres pesos: quince mil pesos. La misma cantidad que hoy se pone a la venta a seis pesos, precio de plaza.... Como ustedes están viendo tendremos una ganancia ciertísima de quince mil pesos.

—Pero es que falta liquidar a los pobres esos cinco pesos de diferencia a su favor—exclamó Teresa, que era sumamente escrupulosa.

—Efectivamente—contestó don Ignacio, cerrando los libros y dejando caer la cortina del escritorio—que esos cinco pesos los diga de misas el padre Jeremías por el descanso del alma de nuestro padre

SEGUNDA PARTE

I

Porfirio López, panadero de profesión y presidente del "Club 20 de Noviembre de 1910," por darse mayor importancia, tosió y se retorció media docena de púas que llevaba sobre los labios gruesos y duros, a los que debía el mote de "El Puerco", y dijo:

—Se abre la sesión. Tiene la palabra mi compadre don Timoteo.

El tendajonero, muy emocionado, ascendió las gradas de la plataforma y dió cuenta con el periódico del día. Noticias sensacionalísimas: "El Llorón de Icamole se ha fugado, cobarde, como una mujerzuela, en "El Ipiranga" Nuestro gran libertador el señor don Francisco I. Madero viene ya del norte rumbo a la capital de la República. Urge la designación de personas gratas al pueblo para constituir nuestras autoridades. Urge el programa para que el pueblo vaya a la estación a saludar a su Rédentor."

Don Timoteo bajó sudando gruesas gotas de satisfacción.

Se procedió desde luego a designar comisiones: "El Rata" se encarga de los globos aerostáticos; Pedrito, un sujeto, con cara de chimpancé, tisne de los pies a la cabeza, de la pólvora; "El Puerco" de las farolas y los hachones.

Luego sigue la colecta de fondos.

Don Timoteo observó que se estaban olvidando de lo principal: el orador

—El señor Lara Rojas que dice los discursos en el Ayuntamiento—pronunció el que tocaba trombón

Pero Crispín el vendedor de periódicos se levantó hecho un Cinai:

—¿Va a ser esto una fiesta del pueblo o de los caciques?

Don Timoteo contestó que puesto que ya la revolución había triunfado, no había que gastar lujos de crueldad con los pobres vencidos y añadió que "todos somos hermanos, como que somos hijos de Dios" y que el precepto más grande del Decálogo era aquel de "amaos los unos a los otros."

Con todo, la opinión de Crispín fue aclamada unanimemente.

La discusión se suspendió un instante. De puntillas se había escurrido un señor "decente' y se sentaba entre los del pueblo.

De un papirotazo "El Puerco" despabiló la vela que tenía en frente, sobre rústica mesa de pino.

"Es Rodríguez, el dependiente de "La Continental". "Es de los nuestros". "Es maderista." Las voces ro-

corrieron toda la sala y cesó la zozobra.

—Pues propongo que sea el orador Felicitos Gallardo.

La idea fue acogida con un aplauso. En efecto, Felícitos Gallardo era socio del Club, era el orador del pueblo hacía cinco lustros. Ningún supremo mandatario, civil, militar o eclesiástico, ninguna personalidad esclarecida en el mundo de las letras, de las artes, de las ciencias, había pasado por la población sin escuchar la cavernosa y solemne palabra de Felícitos.

—Pido la palabra—se aventuró a decir modestamente Rodríguez.

Comenzó por excusarse de su presencia en aquel sitio. No era ni siquiera un invitado; pero simpatizaba con la revolución y con la causa del pueblo y era ardoroso partidario del Gran Vidente Francisco I. Madero.

Desde ese instante ruidosos aplausos lo interrumpieron. Dijo que quería ayudar con su "grano de arena" al triunfo cabal y efectivo de la causa revolucionaria. Ha oído—agregó—que se propone como representante del pueblo y como orador a un señor Felícitos Gallardo. ¿No es este caballero, acaso, el mismo que entona himnos al Sagrado Corazón de Jesús en la fiesta escolar del señor Cura, el mismo que el 18 de julio dice los discursos en loor de Benito Juárez, y el mismo que hace un mes recibió de rodillas a un Señoría Ilustrísima, entonando tan piadosa jaculatoria que mereció del dignatario apostólico que lo levantara en brazos y lo sentara a su lado?

"Es el mismo". ¿Y qué? "¡Qué tiené eso que ver!" aquí todos semos católicos" se rumoró con extrañeza por toda la sala. Y alguien, a hurtadillas, dijo en alta voz: "¿Es envidia o caridad?"

Don Timoteo, con rara perspicacia propuso que, en votación secreta, se tomara la opinión del Club.

—Felícitos Gallardo, por unanimidad de votos—dijo "El Puerco' trémulo y retorciéndose las púas.

Crispín, propuso que si el señor Rodríguez lo que quería era tomar la palabra, podría también hacerlo en la estación, después de que Felícitos Gallardo, dijera su discurso.

"No he metido la pata—pensó Rodríguez—he metido hasta la cabeza". Y se cuidó de no chistar más.

—Entonces vamos a otra cosa—dijo "El Puerco". ¿Qué les parece de esto: la locución tiene que ser en prosa o en verso?

El presidente opinaba por la prosa. ¡Claro! el verso es cosa que se eleva muy alto y que el pueblo no entiende; mientras que la prosa de Felícitos es tan clara y tan bonita como un padre nuestro.

Crispín replicó con mucho tino, que Felícitos no tendría que dirigirse al pueblo, sino al señor Madero y a su ilustre acompañamiento.

Las opiniones se dividieron; pero llegó Felícitos Gallardo y fue acogido con grandes aplausos y cesó la discusión.

Rodríguez se escapó sin ser advertido.

—¡El verso! ¡claro!—dijo dogmáticamente Felícitos Gallardo;—el verso es lo adecuado, por mejor decir, lo único. Ustedes deben de saber que aquí vamos a celebrar una epopeya.

—¡Una epopeya, en efecto!—clamaron a una Crispín y don Timoteo

Y como Pedrito, el cohetero, se acercara a preguntarles tímidamente, si esa Pompella era la señora del señor Madero, rieron a grandes carcajadas y se terminó la sesión, citándose para otro día a elegir candidatos al Ayuntamiento del pueblo.

II

—¿Qué rumor es ese, Lara Rojas? —preguntó desde su despacho don Ignacio del Llano.

El joven dependiente salió a la puerta. Una multitud de pueblo se agitaba a distancia; sobre la masa movediza de camisas blancas, jorongos y sombreros de zoyate, ondeaba una bandera tricolor. En la algarada se adivinaban gritos de vivas y mueras.

—¡Ah, ya caigo!—exclamó festivo, Lara Rojas—¿sabe usted, señor? son los electores que vuelven del Ayuntamiento... La remoción de autoridades que vienen haciendo los de Madero.... ¡Ja, ja, ja!...

—Sí, ya entiendo—contestó secamente don Ignacio, haciendo que Lara Rojas, que se encaminaba ya hacia el despacho, volviera a su pupitre. El vocerío siguió creciendo, cada vez más cerca, y más estruendoso.

Comenzose a oír claramente "¡Mueran los caciques!" ¡"Viva la libertad del pueblo!"

—¿No sería bueno cerrar mientras pasan?—interrogó tímidamente Lara Rojas.

—Si tiene miedo, puede marcharse—respondió don Ignacio.

La plebe llenó la calle.

"¡Viva Madero!" "¡Mueran los caciques! Mueran los ladrones del pueblo!"

Don Timoteo corría de una parte a otra gritando en vano: "moderación, moderación, señores. Todo que sean vivas; pero nada de mueras."

Una piedra estrelló los cristales del despacho de los del Llano, y Lara Rojas, asorado, metió la cabeza entre los casilleros de su escritorio.

Más encendido que nunca penetró precipitadamente el gordo Villegas, sin saludar a Lara Rojas, entró al despacho de don Ignacio. Poco después, cuando la turba se había alejado, llegó con las quijadas caídas don Bernabé del Llano.

—¡Esto es inicuo, espantoso!.... Ignacio, es necesario que hagamos uso de nuestras relaciones con el gobierno.... La peluza ha ganado la elección ... Y comienzan ya los resultados... ¡Mira qué faltas de respeto!....

Todos estaban ya reunidos. El Padre Jeremías acababa de entrar de bracero con el señor Cura.

—¡Es inaudito!—prosiguió don Bernabé;—si esto sigue así ¿a dónde vamos a parar?

Villeguitas que no había despegado los labios pálidos y secos de puro miedo, ahora dijo envalentonado ya:

—¡Al abismo vamos!... ¡paralización de los negocios, muerte a la industria, a la agricultura: la ruina del comercio...!

—A un desquiciamiento social... Sin respetos a la sociedad, ni a la Religión, ni a las familias—dijo el padre Jeremías todavía con la voz temblorosa y débil.

—Es abominable lo que está pasando, señor Cura—agregó don Bernabé estirándose los bigotes duros de goma; es absurdo esto de que nosotros la gente honrada, quedemos a merced de los haraganes, de la plebe. ¿Qué juzga usted?

El señor Cura sonrió y miró a todos los que le rodeaban.

—No repruebo en absoluto la revolución; realmente puede devolvernos muchos derechos perdidos; pero la Iglesia y Dios Nuestro Señor serían más honrados si al frente de este movimiento no estuviera ese pobre hombre de Madero que a la lepra del libre pensamiento agrega la de ser masón, espiritista.... ¡qué sé yo cuanto más.

Todo el mundo se tapó los oídos, horrorizado.

Entonces hizo irrupción don Juan Viñas:

—Señores, ha triunfado la plebe; ha triunfado la plebe....!

—¿Y quiénes son los agraciados? —interrogó irónico el señor Cura.

—Presidente del Ayuntamiento, D. Timoteo el de "La Bandera Mexicana"; munícipes: Casimiro Bocadillo, Amado Borrego, Toribio de Vaca...

—¡Ya, ya... con lo que basta!—clamó regocipado Lara Rojas. El pueblo se ha dado ya su atracón; ha saciado su hambre y sed de justicia. Casimiro Bocadillo, tortas y tostadas, quesadillas y sesos de puerco; Amado Borrego: se rasura, riza y corta el pelo; Fulano de Vaca, segundo trombón de la banda municipal....

—¡El triunfo de la hilacha!—comentó Villeguitas.

Todos prorrumpieron en carcajadas y se despidieron.

III

—¿Y don Juanito tan contento como siempre con su Vecindad Modelo?—inquirió Rodríguez.

—Entregado en cuerpo y alma; se levanta al salir el sol, se va a la obra y no volvemos a verle la cara sino hasta en la noche que viene a dormir—respondió Elena.

—Pero ¿y "La Sultana"?

Elena inclinó la cabeza y plegó los labios haciendo un gesto de amarga resignación. Esperanza, con timidez, se atrevió a decir que las ventas habían bajado extraordinariamente. Pero Elena, como si quisiera suavizar el efecto que en ella misma causaba aquella confesión, agregó que todo era por culpa de los dependientes, pues mercancías había y sobradas.

Rodríguez no insistió.

—¿Saben ustedes que el pueblo triunfó en las elecciones?

—¡Ande, Rodríguez, dizque usted es también maderista! Cuente algo, que aquí todos somos reporfiristas—dijo Esperanza con entusiasmo—pero somos porfiristas porque mi papá dice que eso tiene que ser toda

persona decente. Mas es el caso que mi papá para poder dar opinión, necesita primero saber cuál es la de los del Llano. ¡Pobrecito de mi papá, tan bueno! Quisiera él adivinar el pensamiento a don Ignacio. Ya verá Rodríguez: Papá, que Madero está preso en San Luis Potosí y se teme una revolución" ¿"Quién es ese Madero? Yo no lo conozco; en mi vida lo he oído mentar." "Papá, que siempre se levantó Madero con toda la gente del norte." "No me interesan a mí chismes de revolución."—"Papá, que ya están cortadas las comunicaciones con Chihuahua y que Madero quiere ser el Presidente de México". Tampoco mi papá entiende ni sabe palabra sobre el caso. Pero una noche llega a la casa hecho un veneno: "Ahora sí, ya supe, por fin, quién es el tal Madero: un loco millonario, quebrado, que para reponerse le ha dado por ser capitán de ladrones; porque eso son los tales revolucionarios, bandidos de camino real que el hambre los ha juntado y vienen con ganas de apoderarse de todo lo que es de la gente honrada"—"¿Y Cómo supo todo eso, papacito? ¿se lo contaron los señores del Llano?'—"Naturalmente, los señores del Llano saben muy bien como anda el mundo y lo que cada gente vale."

—Los estima mucho—afirmó Rodríguez.

—Ahora es más que estimación—repuso Elena con velada acritud—en Dios cree y a ellos adora...

Elena pretextó quehaceres y dejó a Rodríguez en la puerta de la casa con Esperanza. Rodríguez intentó retirarse.

—No, no se va—dijo Esperanza—pase a la sala. Vamos a ver, yo quiero que me platique ¿por qué es usted maderista?

Entraron a la sala.

—¡Bah—clamó Rodríguez sonriendo—es usted curiosa!.... Pues soy maderista sencillamente porque el maderismo es en este momento la justicia. Y si no lo fuera por amor a la justicia, lo sería simplemente por un sentimiento estético. El maderismo se me antoja el gesto heroico de un pueblo oprimido y cansado, que se arranca de sus propias carnes las garras de los que lo destrozan sin compasión.... las garras de los ricos....

—¡Ah, qué cuentos de Rodríguez! Pero si, como dice mi papá, es precisamente lo contrario; si los pobres comen es porque los ricos les dan dinero para que coman. Sin el dinero de los ricos se morirían de hambre.

Juanito, que ha entrado, sigue la discusión abriendo mucho los ojos.

—Esperanza, usted debe haber hojeado un libro que anda por allí entre los papeles de don Juan; un manual popular que contiene consejos prácticos para hacer dinero. Viene por ahí en sus primeras páginas una frasecita que es un modelo de cinismo y desvergüenza, prolongada naturalmente, con la hipocresía más refinada que es la carecterística de la casta... Poco más o menos dice así: "nadie podrá hacerse rico si no es aprovechándose del trabajo de los demás." Fíjese, Esperanza; los más ricos, en efecto, son los que más gente tienen que trabaje para ellos. ¿Cree usted que del trabajo de un

pobre el rico saca solo lo que es necesario para darle de comer al pobre? El pobre apenas come y el rico saca del pobre para comer, para tener una lujosa habitación, para automóviles y trenes, para grandes comelitones, para viajes, etc., etc....

—¡Mueran los caciques!—gritó Juanito como si se hubiera enterado del sentido preciso de las palabras de Rodríguez; tomó un bastón viejo de don Juan y montando en él corrió al patio gritando "¡Mueran los caciques!"

Rodríguez y Esperanza se rieron.

—Pero si estas gentes del pueblo están muy feas para autoridades, Rodríguez.

—Es cierto, ellos, uno por uno, son "feos", el gesto de todos juntos es hermoso. Al revés, los otros, los caciques, uno por uno son más que tolerables, son hasta simpáticos si usted quiere; pero el grupo... ¡ah, el grupo es lo más odioso que puede haber. Siempre que me he encontrado en un grupo de gente del pueblo que habla de política he creído en la frase de Mallarmé "Creo en la imbecilidad de las multitudes." Sólo que esa frase tiene una significación amplísima. Multitudes de Mallarmé están formadas por el tendajonero de la esquina que entre media libra de garbanzos y una copa de tequila me grita "¡pues qué está haciendo este bruto de Madero?" el abogadillo vacuocéfalo que prepara una maroma para mantenerse al frente de su juzgado (1); el mediquillo recetador que da clases gratis de sociología después de haber tomado los pulsos y examinado el vaso; el maestro de escuela, héroe de cuarenta pesos mensuales, que opina sobre Madero con el criterio de quien discute todo un día si debe decirse "lo" o "le"; el hacendadillo vano que habla con tanto énfasis de revolución como de un trozo de Debusy a quien conoce... en el fonógrafo de la hacienda. ¡Pero ¿quién puede sentir más simpatías por el verdugo que por la víctima? El pueblo es la víctima y por eso odiamos a los verdugos.

Y Esperanza lo escucha, y más que el significado de sus palabras, su gesto noble y bondadoso, su acento apasionado y viril la cautibaban.

(1) Y mientras tiende una mano implorando la limosna del empleo, crispa la otra para arañar al mismo que le llena el buche, y le llama, por ejemplo "el vinatero de Parras."

III

Al salir de "La Continental" Rodríguez iba a visitar a Esperanza. Cuando Elena estaba cansada de zurcir medias, de remendar ropa vieja o de planchar, salían a orillas de la población. Elena se fatigaba pronto y se detenía a reposar al pie del primer árbol que encontraba. Juanito, como potro en mayo, retozaba por los prados, y cuando se rendía de correr, regresaba a escuchar con mucha atención la charla apacible de Esperanza y de Rodríguez que, paso a paso, caminaba al azar.

—¿Pero qué de veras te divierte Rodríguez, Esperanza?—le preguntó Elena un día, con extrañeza.

—Muchas de sus conversaciones me dejan en ayunas, pocas se las entiendo bien a bien; pero eso es cabalmente lo curioso, que me divierto tanto que no siento el tiempo.

Elena estaba intranquila; había observado que Rodríguez se volvía más pulcro; a diario se afeitaba, sus cuellos parecían de porecalana, sus trajes le caían muy derechos y muy limpios.

—¿Qué te platicó ahora tanto Rodríguez, Esperanza?—le preguntó otra vez, Elena.

—¡Oh, mamá, que te voy a poder explicar. Mira, comenzó por hacerme notar los cambiantes del crepúsculo, que una nube parecía cuajarón de sangre ¡y de veras! que el horizonte era un lago de topasio. ¿Conoces los topacios, mamá? La piedra que trae en el cuello Teresa del Llano es un topasio. Que la luz era una llovizna de oro... ¡Y qué se yo! Acabó con unas distancias.... qué quien sabe que de el alma universal, y luego vino a resultar con que la revolución iba a ser un fracaso, que el pueblo no está apto para... ¿para la qué, mamacita? Pues quiere decir que la gente pobre no puede gobernarse sola.

Cierta tarde vagaban a orillas del pueblo. Mientras Elena se llevaba el pañuelo a las narices, al atravesar un arroyo pestilente, Rodríguez se extasiaba en la soledad y el silencio de un barrio arruinado. De entre las piedras de una cerca resultó, casi arrastrándose, un gato viejo que maullaba lastimeramente. Rodríguez, inmutado se olvidó de ellas, corrió a coger el animal decrépito, eriso y e [illegible]ético, lo llevó a sus brazos y, sin decir adiós siquiera, partió con él a su casa.

Elena no sabía qué pensar; pero Esperanza rió mucho.

—¿No sabías que tiene esa manía, mamá? ¡Oh, su casa es de perros y gatos! Dice Juanito que tiene un perro prieto que parece un terciopelo de suave y que está tan gordo que le arrastra la barriga. Y los quiere como si fueran sus hijos.

—¡Está loco!—pronunció Elena.

Y no volvió a preocuparse por él.

IV

Elena preguntó a don Juan si se sentía enfermo, pues el portaviandas le había sido devuelto de la obra sin abrir siquiera.

—¡Qué enfermo!... Ja, ja, ja!.. Si esta mañana he tenido mi hora de "burro". Verás: cuando llegué a la obra no hallaba mi campo; me metí entre los canteros y el polvo me apretó las narices; el ruido de los martillos y de los escoplos me dió escalofríos. ¡Bah!.... los dejé y fui con los albañiles; subí una escalera, y en los andamios, no pude rectificar unas medidas, porque sentí que los puntales se hundían conmigo y que la cabeza me daba vueltas.... ¡un vértigo! ¿eh?... Me bajé, pues. El corazón me hacía pum, pum, pum,.. ¿Qué más? pasé cerca de un peón que hacía la perra batiendo mezcla desde una hora, sin menear las manos siquiera, y no supe qué decirle. ¡M[illegible]

hora de burro;... Bueno, pues es el caso que esta mañana, al sacar la raya, vi que apenas se ajustaba. ¡Caramba! ¡con doble número de gente desde hace dos meses. .! El dinero sale a chorros. Si los manantiales se agotan, a dale y dale, cuanto más una caja fuerte. Pero, señor.... la obra caminaba, es cierto: pero uno qué quisiera!.... No se aventajaba media vara cada ocho días.... Me animé de una vez y doblé la gente... Bueno, pues, cuando vi que ya no había dinero para el sábado que viene, me quedé frío y comencé a sudar.... ¡Maldita memoria!... ¡Mal haya!... Ni quien se acordara de los señores del Llano y que con ellos cabalmente he contado para acabar esta obra. Acuérdome de repente y ¡claro! todo se arregló!.... ¡Mi hora de burro, mi hora de burro!... Mira....

Y Viñas sacó de la cartera diez billetes de banco de a mil pesos cada uno.

—Por supuesto que nada debo; tengo letras seguras por más; pero tú sabes, ellos me han ofrecido, me han rogado; hasta desaire habría sido el no ocuparlos.

—¿Y de fianza?—interrogó con timidez Elena, después de breve silencio.

—¿Pero qué fianza va a necesitar de mí don Ignacio del Llano, mujer?... No sabes la confianza... Si entre don Ignacio y yo...

Y muy colorado, comenzó a tartajear y a turbarse notablemente.

—Es decir, fianza precisamente, no; vamos a firmar tú y yo un papelucho. Como dice justamente don Ignacio, todo hombre honrado lleva siempre sus papeles en regla y nunca los coge la muerte desprevenido.. Eso; pero no porque entre él y yo se necesite...

—¡Una hipoteca!—pronunció Elena con la garganta hecha un nudo

—¡Una hipoteca, sí—afirmó don Juan.

Y como no sabía mentir, descansó; pero su corazón, lo mismo que en la mañana, volvió a hacer, pum, pum..

—La idea es grandiosa y fácil de realizar, contando, como contamos, con el patrocinio del Señor San José y de Nuestra Amantísima Madre la Virgen de Guadalupe.... ¿Otra copita, señores...? La Reina Celestial le tiene prometido a su pueblo predilecto "predilectus Domini" no abandonarlo jamás al poder del Espíritu de las tinieblas—dijo el padre Jeremías, con rara verbosidad.

—De acuerdo, padre—replicó el cajero de la Sucursal del Banco Nacional, rojo como cresta de gallo—pero a nosotros nos está severamente prohibido. Por lo demás, ustedes saben que el Partido cuenta con el apoyo moral y con el voto efectivo del personal de la casa.... Salud...

—Salud... Los peones de mis haciendas tienen ya las órdenes de obedecer todo lo que emane de nuestro Gran Partido Católico Nacional.

—Los operarios de mis fábricas lo mismo.

—Mi gente también....

—Hago igual ofrecimiento.

Bebiendo copitas y copitas la veintena de asistentes protestó su fidelidad al Partido naciente.

Luego habló otra vez el padre Jeremías:

—Siento en el alma, caballeros.

que no se acepte mi invitación por pura cobardía personal, por falta absoluta de valor civil.... A la de usted, señor Cura... Salud, señores...

—Está inconveniente, padre—le dijo acercándose a su oído don Bernabé del Llano.

—¡Salud, señores!... Digo y repito, Su Señoría Ilustrísima habría visto con beneplácito el que toda la parte sana de esta sociedad hubiera formado personalmente, personalmente, entiéndanme ustedes, la Junta Directiva de este centro Local. Ustedes ofrecen su apollo casi como se ofrece un puñal para asesinar a alguien. No, señores, defendemos una causa justa, una causa noble, no necesitamos ponernos máscara ninguna para esto...

Don Ignacio tosió tan fuerte que el padre Jeremías tuvo necesidad de moderar sus ímpetus. Y el señor Cura que hasta entonces habíase mantenido paciente a los desahogos aldémicos del padre Jeremías, por consideración a sus hermanos, tomó la palabra:

—Los señores tienen sus razones que hay que respetar. A nosotros debe satisfacernos el ofrecimiento tan espontáneo que nos han hecho

—A ustedes mismos, señores eclesiásticos, por razón de su sagrado ministerio les está terminantemente prohibido tomar parte de una manera ostensible en los trabajos del Partido. ¿Y qué? ¿Son por eso menos pinglies los frutos que su labor silenciosa va a cosechar?—dijo acertadamente el cajero del Banco.

El señor Cura sonrió y apuró con fruición el resto de su copita.

Entretanto don Bernabé había logrado, sin llamar la atención, atraer al padre Jeremías, a un asiento entre don Ignacio y el mismo don Bernabé. Alargaba el padre Jeremías otra vez la mano hacia una botella sin descorchar todavía, y don Bernabé, tirándole de la sotana, le dijo imperiosamente al oído:

—Ya no tome.

—Pues repito, señores—dijo el padre Jeremías, terco como una mula—que lo siento de verdad.....¡ Otra copita, señores.... No le hagamos el desaire a este Martel.

Don Ignacio y don Bernabé, a su pesar, estaban lívidos.

El padre Jeremías dejó el sitio para acercarse a su amigo el dueño de "La Carolina." Se sentó a su lado y le recitó al oído con gran calor: "Sustentadme con frascos de vino, corroboradme con manzanas, que estoy enfermo de amor."

Y el dueño de "La Carolina" le aseguró que tenía ahora unas amiguitas "faine"... y que bien podrían ir a visitarlas.

Se siguieron tomando copitas y se habló mucho de anarquía, libertinaje, e impiedad; de las chispeantísimas caricaturas con que la prensa se llenaba, aludiendo a la ridícula figura, moral y física del Presidente "Pinguica".

—¡Oh, hay que disculpar al señor Madero de que no atienda debidamente la cosa pública!.... ¡tiene tanto que hacer con los espíritus chocarreros!....

—¡Ja, ja, ja!.... ¡Qué oportuno es usted, señor Cura!... Ja, ja, ja!

Todos rieron a caérseles la baba.

—El triunfo será presto de los buenos!—clamó el padre Jeremías

ya con la capa española y el sombrero en las manos. Se despidió y del brazo del dueño de "La Carolina," salió a la calle con los carrilos encendidos, trémulos los labios, recitando otra vez: "Sustentadme con frascos de vino.... '

V

Un día Rodríguez paseaba con Esperanza y Juanito por las márgenes del río cubiertas ya de césped. Acababa de llover y sobre su cabeza descubierta caían gotas de las cabelleras del saucedal. De pronto se detuvo como si algo le hubieran preguntado y dirigiéndose a Esperanza, pero con aire ausente, dijo:

—¡Sí, Madero va a caer; el Gobierno de Madero se derrumba y con él se extingue el falso prestigio de nuestro México!...

Luego abriendo mucho sus ojos de loco y con calor cada vez más creciente:

—La revolución de Madero ha sido una equivocación completa: una revolución para un país culto; pero los países gobernados por bandidos no entienden de revoluciones cultas; necesitan revoluciones de bandidos... ¡Oh, es muy triste esto! Hay que leer la prensa actual para conocer en cueros a nuestros políticos y hay que conocer a nuestros políticos, a estos políticos de la oposición que son el fiel trasunto del sentir de nuestras clases culta y acomodada. ¡Qué asco de gente!... Se dirá: el que esté limpio que tire la primera piedra. Es cierto, todos los humanos, cual más, cual menos tenemos algo metido en el fango; pero ellos. ¡Dios mío! nacieron en el fango, respiran fango, procrean en el fango, se nutren de fango y son fango puro.... ¡Ah, cuando hablan en el periódico o en la tribuna, cuando doctrinan su cinismo, figuránseme ranas escapadas un instante de sus charcas, levantando sus cabezas repugnantes, sus ojos horriblemente miopes, al sol, y cuando la luz los baña deben de sentirse felices y hermosos, porque sus actitudes son las del que pide aplauso, y entonces son más sucios que cuando permanecen metidos en su lodo de metal, de carne y de alcohol.

—¿Y los caciques?—lo interrumpió Juanito.

—¿Los caciques?.. Pues si aquellos son los sapos, éstos, a quien les negaré, imitando a un papa, el derecho de tener alma, sencillamente por ser momentos de estupidés, estos son el lodo en que aquellos se revuelcan.

—¡Mueran los caciques!—gritó Junito fingiendo gran coraje, tendió el resorte de la honda y comenzó a descalabrar caciques en cada penca de nopal que se encontraba.

VI

Un día, don Timoteo, presidente del M. I. A. tomó dos determinaciones: nombrar secretario de la H. Corporación a Felícitos Gallardo y comprarse un sombrero de bolita. Para lo primero le bastó poner su nombre y su firma; pero lo segundo dió lugar a tanteos y vacilaciones y hasta a un reparo un poco grosero de Doloritas. "Te cae el sombrero nuevo como una pedrada en la boca del estómago." Pero cuando don Timoteo se resolvió a relegar a un clavo de la trastienda el venerable sombrero ancho con que dos generaciones lo hubieran conocido, su problema quedó resuelto. Se dispuso a salir a la calle y se volvió a acordar de la opinión de Doloritas. Recapacitó y se dijo: "A los míos y a mis amigos les cae mal mi sombrero a la moda ¿cómo les caerá a los caciques el que yo, Timoteo Oliva, vaya a sentarme en donde sólo y las nobles asentaderas de sus antepesados han descansado? ¡Claro! como dijo aquél: "el mundo marcha" y quién sabe qué más, o lo que es lo mismo estamos en los tiempos del progreso y de "la revolución es la revolución."

Y se lavó la cara y se afeitó y puso sobre su cabeza de gitomate el pequeño sombrero de bola, un poco caído hacia un lado, y se marchó al Ayuntamiento, procurando imitar la gravedad de alguno de los señores del Llano, por ejemplo.

Y cabalmente, por la misma acera apareció don Ignacio del Llano y con don Ignacio un problema para don Timoteo, presidente del M.I.A. ¿Le cedería la banqueta? El, don Timoteo, sí se la cedería, y se la cedería sólo por darle una lección, para que aprendiera que el pueblo tiene más educación que los caciques. Pero él Presidente del M.I.A.; él, representante del pueblo libre y soberano, le cedería... ¡frijoles!... Aunque bien pensado, allí en la calle, don Timoteo no pasaba de ser don Timoteo y, por lo mismo, bien podría cederle la acera. Otra sería si, por ejemplo, estuvieran en el salón de sesiones.... ¡vamos! Pero tampoco en la calle se la cedería, porque el cacique podría tomar como un acto de respeto de miedo de humillación.... No, no sería ciertamente Timoteo Oliva el que diera al Pueblo, su representado, semejante afrenta....

"Don Ignacio del Llano me ha dado un empellón poniéndome abajo de la banqueta. Bien: ¿lo ha hecho distraídamente o ha sido un acto premeditado y doloroso?" se preguntó un poco desconcertado de la intempestiva acometida. Y vuelve los ojos hacia don Ignacio que pasaba de largo.

La respuesta se la dieron las cínicas carcajadas de Lara Rojas, Villeguitas y algunos dependientes de "La Continental" que en las oficinas del frente se estaban dando cuenta cabal del caso.

Don Timoteo se abstuvo de decir una sola palabra en el Ayuntamien-

to, por decoro personal y por el del Pueblo que lo había elegido. Pero al siguiente domingo "El Puerco", lo sorprendió muy temprano, en su casa, con un número de "El Pueblo," semanario local.

"Hemos sido testigos presenciales de la falta brutal que un estúpido cacique cometió en la persona de la primera Autoridad. . . ."

Luego un párrafo virulento donde a la vez que atacaba a los caciques incitaba abiertamente al pueblo para que hiciese respetar sus autoridades por todos los medios "fuesen los que fuesen."

—Pues es muy justo ir a darle las gracias al señor redactor—dijo don Timoteo muy mortificado.

—Es lo que yo no quisiera, compadre—replicó "El Puerco';—el redactor de "El Pueblo" está insultando mucho a los señores y eso no nos conviene, porque pueden pensar que nosotros semos los de el papel. Ya estamos mal con ellos y con esto nos pondremos pior. Los señores son los señores y ellos tienen su lugar aparte. . . .

—Comprendo lo que me quieres dar a entender con eso, compadre, pero al que le duele le duele.

—Pos malmente seguiremos si nos ponemos de puntas con ellos. Yo estaría mejor, porque ya les fuéramos buscando la cara.

—Pues búscaselas tú, compadre, porque yo voy a darle las gracias al redactor de "El Pueblo."

Y don Timoteo cogió su sombrero de bola y se lo puso con mucha monería. Salió pensando: "mi compadre "El Puerco" no entiende la causa sagrada de los pueblos, no sabe el significado de la palabra democracia. . . . Mi compadre no es liberal. . . . Aunque por otra parte tiene razón: Los señores son los señores y tienen su lugar aparte."

Resultó redactor de "El Pueblo", Rodríguez, el de "La Continental," lo que no dejó de desconcertar a don Timoteo.

Y cuando salió de la imprenta de "El Pueblo" se dijo: "Es raro este señor Rodríguez; le di las gracias y hasta lo convidé para que se encargue del discurso oficial del 16 de Septiembre, y ni siquiera me ha dicho: "siéntese don Timoteo, vamos platicando un rato." A pesar de eso, le quise decir cuáles son mis doctrinas y poco ha faltado para que se riera de mí en mi propia cara y me dijera "don Timoteo, es usted un animal". . . No, no es este el hombre que el pueblo necesita. . . . Orgulloso, enfatuado, soberbio. . . . ¡Al fin educado entre caciques!"

VI

La discusión se agrió porque Juanito pretendía la presidencia de la mesa y "El Cuate" alegaba que no se podía ser orador oficial y presidente al mismo tiempo. Pero como Juanito estaba en su casa y había repartido cacahuates, manzanillas y pepitorias, obtuvo por aclamación la presidencia:

Juanito, pues, agitó un cascabel y dijo:

—Tiene palabra el orador:

Luego hizo que uno de los muchachos fuera a ocupar su lugar en la mesa, mientras él, solemnemente, se encaminaba hacia la tribuna, una barrica vacía.

Las sillas de tule del comedor formaban un hemiciclo; en el fondo estaba el altar de la Patria, adornado con pañuelos colorados y una escopeta vieja do don Juan; en el centro la mesa de amasar, cubierta con un tapete vetusto de la sala.

El público aplaudió mucho; luego se hizo silencio.

"Señores: celebramos el centenario de Miguel Hidalgo y Costilla. Nació en el rancho de San Vicente, perteneciente a la hacienda de Corralejo, jurisdicción de Pénjamo, siendo sus padres don Cristóbal Hidalgo y doña Ana María Gallaga... ¡Qué viva!... ¡Y que viva también el ilustre Morelos y vivan los héroes de la patria!... ¡Y que muera "El Cuate" y mueran los caciques!

—¡Mueran los caciques!—repitieron los muchachos.

Luego, entre gritos, aplausos, vivas y mueras, saltó Juanito de la barrica y se la dejó a otro orador.

Cuando se acabó la ceremonia, don Juan, que por ser día de fiesta no estaba en la obra, llamó a parte a Juanito.

—¿Quién te ha enseñado a decir todos esos disparates? ¿Quién es tu maestra de sexto?

—¡Hum! papá; si todo eso viene en la Historia de Pérez Verdía... ¿Nunca ha leído usted la historia de México?.... ¿Lá señorita de sexto? Sí, también dice lo del libro; pero a ella no le creemos nada. Fíjese... el año pasado decía que Madero era un bandido, un latrofaccioso; hoy dice que es el inmaculado patriota y nuestro Gran Presidente.... Igualito a como le decía antes a don Porfirio... Le creíamos y no!....

—¿Y eso de mueran los caciques?

—¡Ah, eso no viene en el libro ni es cosa de la escuela; pero también es cierto! No piense que no más la plebe cree en eso. Hasta dígale a Rodríguez que le platique algo de los caciques..... Esperanza ven cuéntale a mi papá todo lo que dice Rodríguez de los caciques.... ¡Ah, muy malos! Todo el dinero que tienen es del puro trabajo que le roban a los pobres.... ¡no crea!.... ¿Verdad, Esperanza? Si Hidalgo fue enemigo de los caciques y Juárez también y Madero también.... Pero mejor pregúnteselo a Rodríguez, él sabe todo eso muy bien.

Don Juan estuvo muy preocupado ese día; pero al siguiente volvió de la calle ya contento y con una resolución:

—No quiero, Elena—dijo recalcando una a una sus palabras—que ese tal Rodríguez vuelva a poner los pies en mi casa.

Elena, perpleja, no encontró qué replicar.

—Ya me había sospechado yo la clase de pajarraco cochino que es este hombre. Pero no sabía que escribe papeles y dice discursos a la plebe. Ayer habló en el teatro insultando a los señores... ¡a los señores, Elena, imagínate!... Lo van a despedir de "La Continental." Todo lo he sabido en el mismo despacho de los señores del Llano. Ya verás tú si no vengo bien aconsejado. No

quiero que vuelva a poner los pies en esta casa. ¿Me entendiste? Pero si a tí te falta valor, dímelo, mañana lo esperaré y aunque haya sido mi amigo le diré tres frescas.

—Sí, espéralo y dícelas.

En la habitación inmediata Esperanza escuchó toda la conversación y, a la mañana siguiente, envió a Rodríguez un recado: "Le suplico que no venga, por razones que no le puedo dar en esta carta.—Esperanza."

VIII

También entre los miembros del M.I.A. hubo su altercadillo, a la salida del Teatro, donde Rodríguez había pronunciado un discurso fulminante contra los caciques.

—¡Malmente vamos!... ¡Malajo pa mi compadre don Timoteo y pal'hora en que le dió envitar a ese tal Rodríguez—dijo "El Puerco" con voz apasguatada.—¿Lo oyó, Felicitos? Ha dicho que la propiedad es un robo, que la religión es un mito....

—¡Socialismo!...—exclamó Felicitos Gallardo, escamado por los aplausos que había cosechado Rodríguez.

—Nos están agriando la conserva —repuso Casimiro Bocadillo.

—Nos echan encima la odiosidad de los señores—agregó "El Puerco" desolado.

—¡Dicen que es anarquista!— pronunció otro.

—¡Y que no cree en la pureza de María!

—¡Qué va, hombre... ni en Dios siquiera!...

—Pues lo que yo digo—habló Crispín el de los periódicos—es que, pésele a quien le pese, el señor Rodríguez dijo puritas verdades....

—No, Crispín, fíjate bien en el senificado de las cosas. No es lo más hablar....

Mira que si nos echamos las enemistades de los señores a tí te mandarán amarrado cualquier día a la penitenciaría, a mi comprade don Timoteo le dejarán los entriegos y a mí con mi harina y mi manteca....

—¡Pues pa mí plin!—respondió Crispín—porque como dice el periódico, no soy de los que piensan con el estómago.

—Yo propongo—terció gravemente don Timoteo—que se publique por la prensa que el M.I.A. de 1912 no responde por las doctrinas del señor Rodríguez. Porque aquí no es cuestión de enemistades ni de estómagos, ni nada; es cosa de que no son esas nuestras doctrinas y se acabó.

Excepto por Crispín, que quebró ese día con el M.I.A., la idea de don Timoteo fue aprobada por aclamación.

Rodríguez leyó la esquelita de Esperanza, y se nubló su frente. Luego, pensativo y triste se encaminó a "La Continental."

Los dependientes susurraron algo cuando entró, sin saludar, como acostumbraba hacerlo cuando iba de mal humor. Pero a los rumores de risas cortadas sucedió un silencio más elocuente. Rodríguez acababa de abrir la carta que lo estaba esperando en su bufete. Los dependientes pusieron las caras muy largas. Rodríguez leyó, pero no se contrajó una sola línea de su rostro. Con toda calma encendió un puro, se lo puso en los labios, tomó tranquilamente el bastón y el sombrero y se dirigió a la Caja.

El dependiente leyó la carta que Rodríguez le mostró, inclinó la cabeza y, después de hojear un libro, puso en manos de Rodríguez un fajito de billetes.

—Lo siento, compañero—le dijo en voz muy baja.

Rodríguez registró su dinero, lo metió en el bolsillo y como había entrado así salió.

"Quinientos ochenta y siete pesos, ahorro en quince años de trabajo. Es decir poco más o menos lo suficiente para no morirme de hambre en un año de cesantía. ¡Bueno!... Importa encontrar a Esperanza."

"Pero ¿para qué?"

Un chico pasó repartiendo papeles. Rodríguez tomó uno distraídamente. Se sentó en una banca, a la sombra de un trueno, en el jardín de la Constitución.

A los primeros renglones su cara se plegó en una sonrisa dolorosa.

"El H. Ayuntamiento de 1912 no se hace solidario de las ideas irrespetuosas que para la Sociedad, para la Religión y para la Patria ha expresado en su discurso del 16 de Septiembre el Sr. Rodríguez..."

"¡Pobrecillos!—se dijo— además de ser estos pelagatos tan ruines, tan intrigantes y tan malvados como los otros, los de arriba, son un poco más imbéciles.'

Y muy triste siguió entregado a uno de sus interminables soliloquios.

—¡Rodríguez, Rodríguez....

—¡Ah, es usted, Esperanza..... Cabalmente en usted pensaba y la estaba buscando.

—Allí sentado—sonrió Esperanza. —Recibió mi recadito?

—Sí; hoy ha sido el día de mi santo. Primero su papá me expulsa de su casa...

—Pero ¿quién se lo ha dicho?

—Usted me lo está diciendo con su semblante en este mismo momento....

—No, Rodríguez, es que.... mire....

—Luego me expulsan de "La Continental" y por último, la pantomima.... el M.I.A. me lanza también su executor....!

Y como Esperanza, afligidísima

intentara dar explicaciones, él con toda calma la interrumpió:

—¡Tonta! no se apure usted. Este golpe no viene de su papá, ni de mi mismo jefe el de "La Continental" ni de esos pobres diablos del Ayuntamiento. Este golpe revela una mano maestra y aquí no hay otra que la de los señores del Llano.... ¡Ah, los señores del Llano!... Yo no le guarda rencor al pobre de don Juanito. Dígale, Esperanza, que me lo crea, que se cuide de los señores del Llano.... A mí me lo han quitado ya todo, mi destino, mi porvenir y... a usted... que es lo que más siento.

Esperanza se puso como una amapola. Rodríguez hondamente conmovido le tomó una mano y la oprimió entre las suyas.

—¿Y ahora cómo vamos a hacer, Rodríguez?

—¿Hacer...... qué?—respondió sonriendo ante la ingenuidad de Esperanza.

—Pues.... para vernos....

—Para vernos.... ¿Y para qué? Conserva un buen recuerdo de este viejo que tanto te ha querido siempre, desde pequeñita.... No tenemos que vernos.... Yo sí necesitaba hablarte para saber quién me echaba de tu casa. Ahora lo sé.... y eso me basta.

—¿De modo...?

—Sí, si nos volveremos a ver; el día que, como ahora, nos toque la vez de un encuentro.

—Bueno, pues.... adiós....—dijo Esperanza, pensando con desconsuelo: "no me quiere".

Y no vió que cuando él le contestó adiós tenía los ojos rasos.

Rodríguez, al atardecer, salía a diario de su casa; siempre se le encontraba vagando por los barrios más apartados, la cabeza descubierta y levantada como para aspirar el aire del cielo, los ojos vagos y sin reparar su atención en nada. Un día Crispín, el vendedor de periódicos, lo encontró y le dijo:

—Señor Rodríguez.... la perdimos siempre. Don Timoteo y los compañeros ya están de parte de los caciques. Van a elegir un cacique para diputado esta noche. Si usted va y habla, mi patrón, los reventamos.... Yo me llevo a todos los del barrio de las Maravillas....

La política seguía ejerciendo una fuerza de atracción poderosísima sobre él. Prometió a Crispín estar puntual a las ocho de la noche en el Teatro, donde se celebraba una junta preparatoria para elegir un diputado al Congreso del Estado.

Los miembros del "Club 20 de Noviembre de 1912" formaban el quorum. El candidato recomendado al Club por el mismo Gobierno era un tipo de bigotes alacranados, muy derecho y enfatuado, con ínfulas de aristócrata. Cuando subió a la tribuna estuvo displicente, y después de escupir por un colmillo, dijo con desabrimiento: "Ustedes no deben

preocuparse por la política alta. La política no está al alcance de ustedes. Voy a ponerles una comparación que puedan comprender: los políticos no se hacen como los jocoques, de un día para otro. ¿Quieren buscar candidato de entre ustedes mismos? solo haría reír a los demás, se pondría en ridículo. Conténtense con elegir su Ayuntamiento, que es lo que les toca a los pueblos. Los diputados debemos ser hombres de una pieza, echos a la lucha política, por la palabra, por la prensa. Yo soy literato, soy periodista. Traigo cartas de recomendación de altas personalidades de la prensa y de personajes encumbrados de la política. Eso les baste. Denme, pues, su voto para llenar sencillamente una fórmula y habrán cumplido con su deber de ciudadanos honrados."

Y tan hinchado como había subido a la tribuna, así bajó

Don Timoteo volvió los ojos a los asistentes, esperando alguna opinión. ¿Habría osado alguno que fuera a replicar al señor que venía de México, que era periodista, literato y quién sabe qué más?

"El Puerco" estiró los belfos y abrió los ojos, inclinándose hasta los ladrillos en señal de asentimiento.

Y fue el momento en que Rodríguez se puso de pie en un sitio de luneta.

"El señor candidato del gobierno —dijo—nos ha dado una alta lección de civismo y nos ha traído la nueva de que los provincianos somos unos perfectos imbéciles. Pero nosotros queremos que el señor candidato del gobierno no se vaya sin saber que además de eso somos también personas agradecidas y queremos por lo mismo enviarle recuerdos a... la famalia."

Las risas se escaparon intempestivas y el candidato que había vuelto desdeñosamente un costado al orador, frunciendo las cejas en jupiterino gesto, dió una pronta media vuelta y fulminó al osado con sus ojos.

Rodríguez prosiguió sin inmutarse:

"Digo, señor candidato, literato, periodista, etc., que queremos que les diga a sus colegas que nosotros los bárbaros de provincia, nos hemos tomado la licencia de formarnos una opinión de ellos: que la vergüenza más ignominiosa que la revolución de 1910 ha desnudado, es una intelectualidad abyecta que arrastra su panza por el cieno, lamiendo las botas sucias de todo el que ocupa un lugar alto. Sabemos que hay dos clases de siervos en México; los proletarios y los intelectuales; pero mientras los proletarios derraman su sangre a torrentes para dejar de ser siervos, los intelectuales empapan la prensa con su baba asquerosa de rufianes; que los pobres ignorantes arrancan nuestro grito de admiración y que los sabios nos hacen llevar el pañuelo a las narices...."

Y Rodríguez escupió con asco y se sentó, mientras que un aplauso atronador estalló por todas partes.

Loco de ira el candidato se lanzó a la tribuna. Sus bigotazos retorcidos parecían presa de un ataque de epilepsia; sus ojos quemaban.

—Señores....

Una silva colosal apagó su voz...

—Señores....

Ni una palabra más: gritos salvajes, silvidos de vaqueros, siseos estruendosos, cada vez más crecientes.

Y cuando el diputado pudo oír su voz, el salón se había quedado solo.

XI

Por las noches don Juan regresaba del trabajo con los cabellos blancos de tierra.

—¿La obra muy avanzada ya, papacito? ¿Qué día me lleva a ver su Vecindad Modelo?—dijo Esperanza una noche, a la hora de cenar.

—¡Oh, sí, aventajada..... como aventajada, sí..... ¡muy aventajada!...

Pero su voz era trémula y su mirada anciosa. Luego tímido como perro castigado, volvió sus ojos hacia Elena.

Elena permaneció serena, inmutable.

Rehuía don Juan el encontrarse solo con ella. A últimas fechas sólo venía a casa los momentos precisos para comer y dormir. Elena, por su cuenta, jamás lo interrogaba ni aludía a sus negocios; pero don Juan había acabado por encontrar en el mutismo de su mujer su tormento principal.

—¿En dónde están Juanito, Esperanza...?— dijo exaltándose de pronto don Juan.—La música se desbarata en la serenata y ustedes aquí metidos, niños, como si fueran unos viejos de sesenta años.... ¡Vamos, a la serenata. a pasear un rato!... Dejen en caso sólo a los viejos.

Esperanza sonrió levemente. Los sábados jamás había serenata; pero puesto que papá deseaba que salieran a la calle, saldrían.

Don Juan habló a Elena como los criminales que no pueden soportar más tiempo la ocultación de su falta. ¡Oh, la obra estaba paralizada ya!.... Es cierto, se había avanzado hasta lo imposible; las fachadas terminadas.... ¡Caramba! lo airoso y esbelto que se levantaban las fachaditas de aquel caserío risueño de los obreros.... pero... ¡Oh, si Elena las hubiera querido ver! Cada casita con su puerta y dos ventanas; luego otra casita con su puerta y dos ventanas, y otra, y luego otra otra hasta ajustar veinte por un lado, veinte por el otro, veinte por cada uno de los cuatro costados!... Pero... Un primor de casitas, simétricas, todas iguales, parejitas todas, monas como casitas de nacimiento.... Pero.... Sí, pues sí... los fondos se habían escaseado otra vez, más bien dicho, se habían agotado..... es decir.... Pero ¡qué primorosas se iban a ver ya pintadas de azul claro con sus grandes cuarterones y tableros apizarrados, sus frisos de ocre...! ¡Lástima!... ¡Qué diablo!... poco era lo que faltaba ya....

Don Juan hacía silencios y el mutismo de piedra de Elena lo exaltaba hasta el frenesí. Necesitaba seguir hablando para ahogar con su propia voz aquel maldito silencio.

"¡Qué diablo!... en realidad no faltaba más que la madera..... puertas, ventanas, algunos techos también.... ¡casi todos!... ¿Pero qué? un carro de viguetas de hierro, dos de tablones y vigas de haya-

rin.... En realidad el verdadero costo quedaba en la mano de obra.. Con otros diez mil pesos.... al otro lado, Elena...."

Y acabó desfallecido, empapado de sudor.

—¿Qué dices, mujer habla!—tronó con anciosa mirada de loco.

—Ya no pidas prestado—dijo dulcemente Elena;—con la tienda tenemos para vivir.

—¡Cómo!.... ¿y esos cincuenta mil pesos se van a quedar ahí enterrados?—gritó don Juan, levantándose ebrio de desesperación.

Elena enmudeció otra vez.

XI

Don Juan estuvo tan decaído ese día que al sentarse a la mesa dejó los platillos a medias.

Los del Llano se habían negado a proporcionarle los diez mil pesos. A ruegos y súplicas hubieron de poner en su mano un fajo de papeles mugrientos: mil pesos en totalidad.

Don Juan permanece pensativo y sólo, horas enteras. De pronto reflexiona y trata de explicarse con alguna claridad lo que ocurre. Hasta cierto punto, los señores del Llano tienen razón: la inseguridad comercial es muy grande; el gobierno de Madero se derrumba y todo el mundo abriga serios temores por sus intereses. Se cree que el cambio mejorará la situación financiera; pero, de todos modos, nadie arriesga un centavo. Bueno, todo se explica entonces. ¿Pero por qué lo han recibido tan friamente los señores del Llano? ¿por qué el padre Jeremías no lo ha saludado siquiera? ¿por qué don Ignacio ha llegado a punto de desconocerlo en el primer momento?

Don Juan hace un examen minucioso de su conciencia. En su corazón no pesan pecados mortales ¡vamos! ni veniales siquiera. He aquí, por ejemplo, que hoy se ha desayunado como se desayunaba hace veinte años cuando andaba de camisa y calzón blancos; un jarro de atole caliente, una cazuela de frijoles fritos. ¿La leche? Ni para remedio. Su estómago no la quiere. Así, pues, si algunos placeres le ha proporcionado su riqueza son tan exiguos que apenas vale la pena recordarlos. Por ejemplo, concurrir a luneta en vez de palco segundo, o lo que es igual, cincuenta centavos de aumento por cabeza, cuatro o cinco veces al año. Se da un comelitón anual; por riguroso turno van él, luego Elena, después Juanito y Esperanza; pero el gasto no es tan crecido como pudiera parecer. Elena se encarga de conseguir con las vecinas hasta la olla grande donde se ha de cocer el guajolote, y don Juan Viñas, desde tres meses antes, está espiando la ocasión de comprarle a la mitad del precio del mercado, cuando menos.

El no tiene oponiones, o por mejor decir, tiene las de los señores que saben, como don Ignacio del Llano. Como todo mundo, va a misa; cada año por la cuaresma cum-

ple con la Iglesia; cuando hay ejercicios espirituales para señores decentes, lo primero que hace es buscar en la lista el nombre de los señores del Llano y si los encuentra no vacila en tomar su número. Cuando alguna comisión, por asunto político, religioso o social, le pide la subscriba con su nombre alguna petición, manifiesto, etc., aunque sabe leer no se preocupa por lo que dice el documento; busca las firmas al calce y si no resulta la de algún del Llano, pide que le traigan de nuevo el papel cuando haya recogido la que, de norte, le sirve. Es de los primeros que van a las nuevas autoridades o al señor cura recién llegado. Su persona no falta jamás en el banquete reglamentario con que la sociedad local festeja la visita de algún Ilustrísima o Supremo mandatario, y aunque siempre le toca ocupar humilde lugar, no se ofende; pues no es vanidad lo que allí le lleva, sino el sano deseo de hacer lo que todos los señores decentes hacen. Su vida doméstica es intachable; cierto que hace trabajar a su mujer como un burro; pero la quiere entrañablemente. Quiere a Esperanza a punto de haberle comprado un pianito Rosenkran de medio uso, y a Juanito le da cada domingo para la tanda de cine. Pero ¡quiá! Esperanza desquita el piano surciendo y planchando y Juanito paga el cine cobrando cuentas perdidas.

Don Juan no se acusa, pues, de pecado serio alguno y sus ojos tristes caen sobre aquel fajito de billetes, sin saber qué hacer con ellos.

"Rodríguez [illegible] porque yo le servía de eco a su voz. Encontró en mi quien le permitiera hablar en voz alta y cseucharse a sí mismo" pensó Esperanza, después de esperar tres meses a que Rodríguez procurara siquiera la ocasión de encontrarla, de hablarla, de escribirla. Y llegó a creer que se acostumbraba, al fin, a la ausencia de su amigo y que, poco a poco, acabaría por olvidarlo. Pero una noche, al regresar con don Juan de la obra, tomaron un eléctrico, y Esperanza sintió un vuelco en el pecho al reconocer a la persona que se había puesto de pie para cederle el asiento. Esperanza le dió las gracias y le tendió la mano. Hasta intentó entablar conversación con él; pero Rodríguez, altivo y sin dignarse mirar siquiera a don Juan, se alejó al extremo del tren.

En el punto donde descendieron don Juan y Esperanza, ésta, al pasar cerca de Rodríguez, le metió un pedazo de papel entre los dedos.

"Mañana a la misma hora, vendré sola con Juanito."

Y Rodríguez estuvo puntual.

—Estoy sentidísima con usted— fue el saludo de Esperanza.

Instaló a Juanito en un asiento

retirado del de Rodríguez y ella se colocó al lado de éste.

—Es muy ingrato con las gentes que lo quieren.

—¡Pero!....

—Nada de peros.... Me va a decir que mi papá y que mi mamá y que esto y que lo otro.... Si a mí no me importa todo eso ¿por qué le habría de importar más a usted?

Pero como Rodríguez le advirtiera que algunos pasajeros volvían la cabeza y se imponían de su conversación, ella valientemente le propuso una cita para el día siguiente en alguna otra parte, donde pudieran hablar con toda libertad.

Luego callaron; pero Esperanza no podía mantener sujeto un instante su espíritu agitado.

—Creí que usted, como lo pretende, era uno de esos raros, de esos que nada saben fingir, que no mienten nunca....

Es cierto, yo no finjo nunca.

—Usted finje: me engañó con un cariño muy grande; para luego convencerse de que para usted es más digno de aprecio que yo el gato más asqueroso de su casa.....

—¡Esperanza!—saltó indignado Rodríguez.

Esperanza sintió profundo regocijo; pero luego que Rodríguez se explicó, se quedó estupefacta:

—¡Quien me hable con desprecio de cualquiera de mis animalitos, me desprecia a mí mismo!

Y como Rodríguez no hubiera comprendido ni de lejos el efecto de sus palabras, siguió hablando después, señaló sitio y hora para la entrevista. Esperanza, herida de muerte, lo dejó elegir.

—Mañana en la Alameda a las cinco de la tarde en punto—dijo Rodríguez al bajar del tranvía Y estaba tan contento que no reparó en la mirada de infinita tristeza con que Esperanza se despidió de él.

Otro día, a las cuatro, Rodríguez muy peripuesto, daba vueltas en su cuarto esperando con impaciencia la hora de salir a la calle. Puesto que Esperanza había deshecho con su palabra el dique inconmensurable que él mismo se había formado para no acercarse demasiado, no tenía por qué ocultarle el profundo sentimiento de simpatía que lo llevaba hacia ella. "Nada te significan mis cuarenta años, mi situación de empleadillo cesante, mi fama desastrosa, mi docena de gatos y mi perro prieto.... pues, entonces. Esperanza, yo te amo con toda mi alma...."

Y a las cinco Esperanza surcía ropa vieja. Oyó las campanadas, una a una, y se repitió una vez más "¿para qué? ese "para qué" que le había amanecido clavado en medio del cerebro y en medio del corazón. "¿Para qué?" con esas palabras le había contestado Rodríguez en la plaza de la Constitución, hacía seis meses, cuando ella, angustiada, con toda la ingenuidad de su alma sencilla y buena, le preguntara en donde podrían seguirse viendo y hablando, puesto que en su propia casa no podía ser" "¿Para qué?' respondió Rodríguez entonces. Y ella ¡tan tonta! hasta ahora venía a comprender esa cruel contestación.

Y dieron las seis y Esperanza todavía pensaba en Rodríguez.

"Sí, si me quiere, él nunca mien-

te.... ¡pero no me quiere como yo quisiera que me hubiera querido!"

Y entonces sus ojos se llenaron de lágrimas.

XIII

Por fin cayó el gobierno de Madero.

Como Lara Rojas y Villeguitas eran decentes tuvieron que emborracharse para poder gritar con toda la boca, por las calles, acompañados de docena y media de boleros, a diez centavos cada uno, todos con banderitas de papel de china tricolor. Pero si en público, a pesar del vino, se sintieron algo cohibidos, no fue así en el interior de "La Carolina," en cuya trastienda se celebró con una cena la fausta nueva de la muerte de Madero. Reinó gran animación, hubo mucha cordialidad, mucho vino y mucho discurso.

"Felicitémonos de haber encontrado la mano de hierro que necesita la nación. Ya tenemos gobierno de verdad, gobierno de gente decente y honrada"—dijo don Ignacio del Llano, condensando las ideas que inútilmente, en media hora de perora ciones, había querido expresar Lara Rojas y Villeguitas.

"Lástima que se haya manchado tan bonita causa con sangre inocente" pronunció algún cándido.

Su voz se ahogó en las exclamaciones generales de protesta. ¡Oh, si algo había, por cierto, que levantara enormemente el prestigio del gobierno triunfante, era aquel acto insigne de Justicia Nacional!—exclamó el Gerente del Banco.

—Pero siempre es... feo... crimen al fin—insistió el compadecido.

—Está usted en un error, juzgando como crimen la ejecución de Madero—intervino el padre Jeremías.—El regicidio mismo está aprobado por la iglesia, como puedo demostrárselo al que quiera. Los padres de la sabia compañía de Jesús han sostenido brillantemente esa tésis... Pero ¡qué digo! lean ustedes esa primorosísima obrita de vulgarización jurídicoteológica que define netamente puntos y verán como se puede, herir, matar, hacer todo lo que uno quiera, siempre que ello redunde Ad Mayorem Dei Gloriam.

—Lo que sí sé decir a ustedes, señores—dijo alguno—es que a la plebe le ha caido esto como bomba de dinamita. Yo ví la cara que ponían algunos pelados cuando la manifestación.... y la verdad yo les aconsejaría que no estuviésemos tan contentos.

Fue el toque de alarma. El entusiasmo aminoró hasta extinguirse; los semblantes comenzaron a nublarse. Otra persona aseguró que en el tendajón de don Timoteo se celebraban juntas secretas; álguien afirmó que su cocinera veía entrar, noche a noche, muchos individuos embozados a "La Bandera Mexicana". Se discutió lo que aquello podía significar. Era altamente sospechoso; debían de reunirse con objeto criminal incuestionablemente. ¿Y qué podía ser ello? No había que preguntarlo; aquellos hombres debían

llevar algo oculto: armas, parque, municiones de guerra... Un depósito semejante en manos de los bandidos, y ellos, los señores decentes, sin defensa alguna, a merced de la infame Porra! Porque ¿con qué objeto podían ser aquellas juntas? Indudablemente que eran preparativos para dar un golpe ahora precisamente que los hombres de orden descansaban confiadamente en la seguridad de un gobierno constituído. ¡Qué cosa más sencilla para la Porra que asaltarles a media noche, agarrotarlos, robarlos, violar doncellas, semidoncellas y hasta desdoncellas, y luego asesinarlos a todos juntos?

Se abrió la puerta y todos, temblando, volvieron sus ojos aterrorizados. No era nada: el mancebo que venía con más botellas.

—Necesitamos con urgencia fuerzas para la defensa de la plaza!

—¡Vamos formando un cuerpo de Defensa Social, como en otras partes.

—Es preferible tropa del Estado.

—Y menos peligros para nosotros....

—Y más barato....

—Yo creo—dijo don Ignacio reposadamente—que basta hacer venir un agente de la secreta que descubra ese complot, que los aprenda, que los encartuche....

—¡Y los truene... si se puede.

—¡Admirable!... ¡Perfectamente bien dicho!

—Por telégrafo al Gobernador, Ignacio—clamó don Bernabé.

—Mañana mismo lo pedimos.

—Eso nunca es pronto. Esta mis- [illegible] apergollarnos, a quererlo. No tenemos más que la policía municipal de nuestra parte.. pero esos son más **juilones** que las gallinas....

—Yo me comprometo a facilitar la tarea de la policía secreta—dijo Lara Rojas—yo puedo obtener una lista completa de todos los comprometidos en el complot. Hay un sujeto entre ellos que me dirá cuanto yo quiera saber. Me lo ha ofrecido..

—¡Ah, "El Puerco"... a *mí* también me habló.

—Y a mi lo mismo.

—¡Bah, pues a todos nos ha hecho igual ofrecimiento.

—Pero, señores, estamos echando en olvido al principal—pronunció Lara Rojas.

—Rodríguez, Rodríguez, cabal...

—¡Ah, sí, pero ese es pollo de cuenta, con el que urge un ejemplar hasta para la moralidad del pueblo: es impío, masón, protestante, ateo, anarquista—dijo el padre Jeremías.

Luego, como en el juramento de los puñales de Hugonotes, todos alzaron sus manos de comerciantes al cielo

...

Lara Rojas entró radiante con unos papeles en la mano al despacho de don Ignacio.

—Aquí traigo pruebas fehacientes....

El polizonte se caló las gafas, ten-

dió la mano para tomarlos; pero Lara Rojas excitadísimo comenzó a leer él mismo: "Febrero 20 de 1913. Los topos hacen hoy una manifestación pública de regocijo por la caída del gobierno de Madero, hoy justamente, en los momentos en que llega la noticia del asesinato del expresidente. Hoy que ha caído inerme y para siempre, se disputan estos grajos un buen lugar en el coro de estultos y bribones que saben graznar y estercolar sobre un cadáver....

—¡Son insultos personales!—clamó Villeguitas, los ojos fijos en el policía.

—Eso es nada, donde se declara algo más grave es en estas líneas: oigan ustedes: "Un herrero medio borracho me encontró en la calle y me dijo: Mi jefe, nos han matado al señor Madero... !Qué borrón para México... ¡que traidores somos!... ¡qué traidores somos!" Parecía deleitarse en repetir la última frase con voz quebrada y los ojos nublados. ¡Ah, estoy plenamente satisfecho. El pueblo mexicano se lavará esta mancha!...

—Eso es bastente—dijo solemnemente el policía.—¿Cómo dicen ustedes que se apellida?

—Rodríguez, sí, Rodríguez...... ¿Pero no sería necesario aprehender a ese herrero también?

Voy a leerles algo más, quizás se puedan aclarar puntos—clamó Lara Rojas muy regocijado:—"Pero he aquí que a poco andar me encuentro una turba de gente del pueblo de lánguido andar, de mirada humilde, de mortecino rostro, es una multitud que apenas cabe en la calle. Encamisados de pañuelos rojos al cuello, un petate liado a la espalda, un cromo chillón de Nuestra Madre Santísima del Refugio prendido a la aplanchada pechera.... Si yo dijera que estos ejercitantes parecen harto carneros, ofendería a los carneros. ¿En quiénes, pues, debe tener fe México, en un borracho, marihuano, o en estos rancheros buenos, crédulos y pacientes? '

Ya deje usted—interrumpe el polizonte.

—Pero se ha convencido de que se trata de un rebelde?

El policía no da su opinión otra vez; pero todos sienten que sus deseos van en camino de realizarse.

Dos golpecitos secos en la puerta del escritorio de don Juan Viñas lo hicieron dar un salto.

—¡Qué susto me ha dado, Lara Rojas!—exclamó.—Es raro, ya con esta son tres las veces que me pasa lo de ahora. Cualquier ruido me hace levantar y parece que el corazón se me va a salir.

Lara Rojas ocupó una silla de tule y mirando desdeñosamente el cuarto encalado y cacarizo, el cromo de la Guadalupana en una cabecera del cuarto, pronunció:

—Vengo a apuntarlo para el banquete que se le dará mañana al Agente de la Seguridad que viene de México.

Don Juan plegó las cejas

—Nada—prosiguió Lara Rojas—se trata sencillamente de darle un golpe mortal a "La Porra."

Don Juan lo miró otra vez sin comprender.

—Bien—dijo—pero a mí.......

¿qué?.... Yo no estoy en la política.

—¡Oh, esto no es política, es defensa personal.

—Es que no veo bien, Lara Rojas....

—La razón es demasiado clara. Es un banquete que la buena sociedad va a darle a un individuo que está aquí nada menos que por defenderla.

—¿Los señores del Llano toman parte en esto, Lara Rojas?

—¡Casi nada!... son ellos los organizadores.

—¡Ah, hombre—clamó jubiloso don Juan dándole palmaditas en los hombros—pues eso me hubiera dicho desde luego. Si los señores del Llano ayudan en esto no hay que tomarme parecer.

Y metiendo los dedos en los bolsillos del chaleco:

—Ande, diga qué tanto me va a tocar de cuota.

—Veinte pesos, don Juanito.

—Bueno, hombre, muy bueno... Aquí los tiene. Conque vamos a ver platíqueme a qué viene ese policía de México.

En la cámara contigua Esperanza que cosía en la máquina, suspendió el traqueteo y oyó muy bien la conversación.

XIV

"Escápese, lo van a aprehender", leyó Rodríguez en un pedazo de papel arrugado. que un muchacho le dió al entrar a su casa. No traía firma; pero la letra era muy conocida; era de Esperanza. Rodríguez besó el papel.

Primero sintió el abandono total de sus fuerzas; luego vino la reacción de la lucha y de fiebre. "O el sacrificio inútil de mi vida o la Revolución."

Eran ya las diez; llovía; la calle estaban obscura y desierta. En la esquina brilló el ojo verdoso de la linterna del gendarme; pero ese ojo se apagó en el momento mismo e instantáneamente. Rodríguez vaciló entre regresar o proseguir su camino, y se mantuvo inmóvil, con el ojo y el oído alertas.

En las bocacalles los hilos de la lluvia cristalizaban en franjas estrechas, a la luz de los focos.

Escuchó rumor de pasos lejanos. No supo si debía sacar su revólver u ocultarse en el marco de un zaguán, y tampoco se movió.

Un muchacho vestido de manta, encogido de frío, con los brazos apretados sobre el pecho, atravezó la calle. Después un perro empapado se escurrió al trote.

Rodríguez se decidió a marchar. Tomó una calle hacia las orillas de la población; avanzó dos cuadras y se detuvo, medroso de gentes que pudieran ocultarse entre las masas obscuras de un jardín. A su frente se alzaba la mole gris de un templo con una sola torre. A lo lejos se distinguía una lucecilla roja, tal vez una casucha perdida en la obscuridad de la noche.

Nada, todo silencio. En el cielo, metido en negras nublazones, se abrió de presto un claro de luz sideral.

Rodríguez respiró animado y emprendió la marcha con resolución. Al llegar a la esquina una mano pesada cayó sobre su cuello, y el gendarme le puso en la frente el ojo verdoso de su linterna y el cañón brillante de su pistola.

XV

—¡Aquí es!.... aquí es!—dijo Lara Rojas al polizonte, y de puntillas se ecercaron a la casucha y pegaron el oído a la ventanilla.

—Los tenemos cogidos—clamó alborozado, cuando uno a uno fueron entrando a la casa, a espaldas de "La Bandera Mexicana", Felicitos Gallardo, Crispín el vendedor de periódicos, Casimiro Bocadillo y otros más.

—¡El complot descubierto!—clamaba a cada instante Lara Rojas, y agitado y sudoroso, preguntaba al polizonte si era ya el momento de echarles encima a los gendarmes.

—¡Voy a escuchar—pronunció éste muy entonado, y se acercó a una ventanilla. La sala era pequeña; no había más luz que la del farol de la calle que se escurría en una franjita roja por la ventana. Don Timoteo permaneció silencioso arrellanado en su equipal, en la penumbra. Cada cual había preguntado por su salud. Don Timoteo dijo que estaba ya muy aliviado, sin embargo su respiración asmática se oía por toda la sala y la tos los sofocaba por instantes.

Más de un cuarto de hora permanecieron callados, cabizbajos.

Don Timoteo hizo un esfuerzo y balbuceó, sollozando:

—¡Nos han matado a nuestro padre!

Y todos se pusieron a llorar.

Afuera soplaba el aire frío de febrero. Una murga entonaba las mañanitas de Madero.

TERCERA PARTE

I

Obscurecía. A lo lejos se perdieron los últimos peones. En la soledad y en el silencio, don Juan contempló un instante más el andamiaje entretejido entre los muros de ladrillo, fresco aún; el ruedo calizo y mojado, resto único de un pilón de mezcla. Las bocas de puertas y ventanas se abrían en parte obscuras, en parte a la débil claridad de la luz que penetraba por las paredes destechadas todavía.

Don Juan vió breves instantes la obra, con su corazón oprimido. Y, al volver tristemente la cara, sintió que allí se quedaba algo de sí mismo.

Tuvo un momento de impetuosa clarividencia. Con el puño cerrado amenazó la ciudad que, bañada en vaga claridad, se tenía allí a su diestra. Pero la ciudad, tan calmada y silenciosa, contestó a su maldición con el rumor confuso de voces lejanísimas, risas de niños, el rebuzno de un borrico, los clarines de un cuartel, el canto perdido de un gallo ronco....

Al día siguiente don Juan amaneció tras del mostrador de "La Sultana" con Esperanza y Juanito. A los dependientes les había dado las gracias: la casa no podía sostener empleado alguno.

El primer día, apenas si repararon los marchantes en la presencia de don Juan en "La Sultana." El acontecimiento sensacional de la víspera embargaba la atención general. Nadie hablaba sino de los aprehendidos. Don Timoteo, Casimiro, Felícitos, Crispín y otros muchos del "Club 20 de Noviembre de 1910" habían desaparecido de sus casas. Decían que los habían sacado en cuerda, que los habían fusilado. Uno aseguraba haber oído una descarga a la madrugada, otro haber visto la patrulla de caballería y a los presos en medio de dos filas. Al atardecer un carbonero que venía de la sierra aseguró haber encontrado a los presos en la madrugada, ya a tres leguas de la población: los llevaban a pie y atados de las muñecas.

—¿Iba Rodríguez, uno que fue dependiente de "La Continental"?—preguntó Esperanza con inaudito atrevimiento.

—No conozco a ese señor, niña...

Don Juan miró a Esperanza asombrado. Esperanza estaba pálida, sus oídos se traslucían.

Al anochecer fue a la tienda un albañil de los que trabajaban en la Vecindad Modelo.

—Amo don Juanito ¿ya otra vez su mercé en la tienda? ¿Y cuando vamos, entonces, a acabar esa obra? Bonita obra, lo que sea. ¡lástima que cueste tanta plata!... ¿No sabe su mercé que anoche "tronaron"

a uno a espaldas del Camposanto. Yo vivo por allá, sentí un tropelio al amanecer y me levanté a la curiosidad. No pude conocer a nadie, se veían puros bultos; pero a uno de ellos lo cortaron y ¡toma! lo quemaron!.... ¡Pobrecito! hasta la sepultura le tenían ya prevenida. Luego, luego se fueron. Ya clara la mañana fui a ver otra vez... ¡Dios lo haya perdonado.... está todavía la tierra suelta. Le puse dos leñitos en cruz y le recé su padre nuestro.

A Esperanza le cogió un temblor de piernas tal que le fué preciso tenerse del sotabanco para no caer.

Pero al día siguiente, cuando todo el mundo se había olvidado de los presos y del fusilado, cada cual llegó saludando a don Juan con un estribillo. "¿Y la Vecindad Modelo, don Juanito?"

Se fue alejando poco a poco, después se retiró a la trastienda; aquella pregunta era ya su pesadilla. Al cabo Esperanza o Juanito podían hacer el despacho ya. Trascurrió una semana, un mes, tres meses, hasta un día que llegó la primera libranza vencida.

I

Don Juan despertó entonces de su sopor. Pidió a Esperanza ropa limpia, se afeitó y se peinó.

Juanito y Esperanza dejaron una ver a su papá en el patio. Elena le hizo notar que estaba muy pálido; Esperanza dijo que a pesar de que comía mal no estaba flaco; al contrario, los carrillos y los párpados estaban gruesos; aunque tal gordura no parecía buena; era gordura acerada y los carrilos parecían colgarle de puro flojos y los párpados de hinchados.

—Es por el encierro—dijo Juanito—le hace falta el aire libre, papá.

—Se está haciendo anémico, papacito—observó también Esperanza y hasta propuso que se llamara al doctor para que le inyectara fierro que tan bien le había probado, para la anemia, a una amiguita suya.

La familia estaba contentísima. Sólo Elena callada como siempre.

Don Juan primero fue a visitar a Lara Rojas, que acababa de abrir un despacho por su cuenta propia.

—¡Le traigo el gran negocio!—le dijo revistiéndose de valor y pretendiendo tomar el aire jovial de antes.

Lara Rojas levantó apenas los ojos de la carpeta.

—¡Ah, hombre, don Juanito ¿usted por acá?... Ya, ya sé que negocio.. Dispénseme que no lo atienda; tengo un quehacer bárbaro. Por lo demás, no quiero hacerlo perder el tiempo. Ese negocio es de los señores del Llano... Usted sabe, lo que soy y lo que valgo se les debo a ellos.

Don Juan asintió. Lara Rojas tenía sobradísima razón. Ante todo hay que ser agradecido. Un hombre que no es agradecido no es un hombre honrado. ¡Caramba! Lara Rojas sería hasta grosero; pero era agradecido!

—Lara Rojas, acá esa mano. . . . ¡Estos son los hombres!

Y se la estrechó muy conmovido.

Entonces fue a ver a Villeguitas. Pero Villeguitas se encontraba en las mismas condiciones que Lara Rojas. Villeguitas tenía razón en negarse también. "Pues vamos a "La Carolina.'

En "La Carolina" le dijo el Jefe de la casa: "Llevamos excelentes relaciones con los señores del Llano, amigo don Juanito; no nos conviene ponernos mal con ellos, y ese negocio de usted, por derecho les pertenece. . . . Si en alguna otra cosa se le puede servir. . . ."

Lo peor fue que así le siguieron contestando en todas las demás casas que visitó. Todo el mundo llevaba excelentes relaciones con los señores del Llano y a nadie le convenía ponerse mal con ellos.

—¡Oye, Elena, explícame esto—dijo de regreso a su mujer—¿por qué diantre todos aquellos a quienes les propongo el traspaso de mi negocio me van saliendo con que es negocio que por derecho les pertenece a los señores del Llano?

Elena iba a hablar claro; quiso decirle que aquellos señores comercientes tan finos, tan fraternales, tan agradecidos, tan honorables, eran más cochinos que una horda de bandidos de camino real. Pero prefirió consolarlo con su mansedumbre resignada.

—Es que a ellos les debes ese dinero. Véndeles el negocio a ellos mismos. Es igual.

—Yo tenía mi resentimiento con los señores por el desaire que me hicieron la última vez; pero si tu piensas . . .

III

Llegó desfallecido en un coche de sitio, derecho a su cama, con los ojos apagados, la dura testús humillada, como toro herido de muerte

Juanito quiso correr por el médico; pero don Juan, con un movimiento lento de cabeza lo retuvo. ¡De nada le servían los médicos! Quiso que lo dejaran solo con Elena.

—¡Arruinados!—balbuceó ahogándose.

¿Los del Llano? lo habían desconocido; cuando habló de su negocio don Ignacio se rió. "¿En qué país vive usted, don Juan! Están cerradas nuestras sucursales en Monterrey, en Chihuahua y en todas partes. Los bandidos amagan ya Torreón, el cambio a treinta. "¡Qué diantre!" la casa quería bien a don Juan Viñas, pero las circunstancias económicas eran adversas a todo negocio. "Lo que podemos hacer por usted es tomarle los bienes por la droga. Todo, se entiende. . . La casa le hace a usted un favor; pero un favor que para un comerciante significa mucho. ¿Entiende usted? Se le salva lo principal, de la vergüenza. . . . Una quiebra, usted comprende!"

Don Juan sintió entonces que le entraba un frío por todos los huesos, un frío raro que no lo dejaba menear pie ni mano. Quiso contestar, pero su quijada estaba caida, inerte.

Y don Ignacio lo dejó allí de pie. para ir a ofrecer asiento a unos clientes que acababan de llegar.

A duras penas don Juan se había arrastrado hacia la puerta del despacho; esperó el primer coche y se hizo conducir a su casa

IV

Un mes justo después los empleados de la casa del Llano Hnos., S. en C. de flamante uniforme vienen a tomar posesión de "La Sultana." Comienzan los cargadores con la mercancía y por la tarde ya están vaciando la casa de su mobiliario modestísimo. Esperanza ve salir su piano y no puede creer todavía en la verdad del desastre.

Cuando solo han quedado unos jergones deshilachados, se les deja en paz. Entonces Elena se iergue más derecha, más fuerte y más serena que nunca.

—No te apures, Juan; tenemos ahora lo que teniamos hace veinte años.... Tenemos más, mira. .— Atrajo hacia su pecho las cabezas de Esperanza y de Juanito y las juntó.

—Todos a trabajar—pronuncia con energía;—si entonces fuimos dichosos ¿por qué no hemos de serlo ahora?

Don Juan levantó un poco su pantalón para mostrar sus piernas abotagadas; llevó la mano de Elena hacia su pecho, donde su corazón se sacudía como un badajo pesado; una escasa lágrima brilló en sus pestañas y, muy quedamente, pronunció:

—¡Ya es tarde!

V

—¡Dulce nombre de Dios! .. ¿usted, don Juanito, en este estado? —exclamó Crispín deteniéndose a contemplar, la luz del farol, a don Juan Viñas que, apoyado en un brazo de Esperanza, caminaba deteniéndose a cada momento para respirar, levantando su barba muy negra y muy crecida, sus párpados hinchados.

Don Juan tuvo de hablar. Iba rumbo a su nuevo domicilio... ¡No había ya para pagar la renta de la casa!.... Hasta la calle de "El Alacrán," a quince cuadras de distancia, cuando menos.... ¡Psh!... no se podía pagar más de dos pesos de renta..... Esperanza ganaba ocho pesos y Juanito cuatro.... ¿El?... ¡ya lo estaba viendo...!

—¡Bandidos, eso es lo que saben hacer—clamó Crispín enfurecido. Luego agregó:—¿Y por qué se cambian a estas horas de la noche?

—¡Oh.... no es uno de palo.. Al fin y al cabo da verglienza...

Y dos lagrimotas rodaron por el rostro nazareno de don Juanito.

—No diga, papá.... Mire usted, señor, mi papá ha dado en verlo todo negro, negro... Es cierto, estamos pobres, el menaje de casa se reduce a lo que llevan ahí mi madre y mi hermano en dos maletas. Pero yo le digo a mi papá que más pobre comenzó él. Y la verdad es que si no hubiéramos tenido mala suerte en el último negocio, pues.... Pero, ya usted ve, Juanito y yo apenas vamos comenzando a trabajar.. ¿Verdad que no tiene razón de mortificarse tanto? ¡Por eso está tan enfermo!

—¡La mala suerte! Mal haya para los bandidos caciques.... Yo ya sé todo lo que le ha pasado a don Juanito.

Crispín acabó con una insolencia y lanzó un escupitajo.

Don Juan levantó sus ojos aborregados y los fijó un instante en Crispín como en un duro reproche.

—No me diga a mí.... esos bandidos del Llano lo han arruinado, don Juanito. Bandidos y muy bandidos, yo lo digo, aunque me vuelvan a llevar amarrado a la Penitenciaría....

—No diga usted nada. Es la voluntad de Dios. Nadie se oponga a los altos designios de la Divina Providencia.... ¡Bendita sea su Santa Mano!

Y como Crispín observara que Elena y Juanito se habían detenido y dejaban en el suelo los fardos para descansar, se encaminó hacia ellos.

—Con permiso, señorita.... Dígame usted el número de la casa y deme la llave.

Y tomó los dos bultos, los puso sobre su ancha espalda y se marchó.

—¿Quién es ese hombre, papacito?

—Es de los del Ayuntamiento maderista de hace dos años... Uno de los de "La Porra"—respondió don Juan, haciendo un gesto de repugnancia.

—Yo creo que es un buen hombre.

Pero don Juan no pudo replicar; sus piernas se doblaron y Esperanza tuvo que sentarlo al borde de la banqueta.

[illegible]na, con el chico en un brazo y Juanito a la zaga, acudió en su auxilio. Lentamente dieron las diez en la torre de una iglesia. Esperaron a que don Juan descansara. En el silencio de la calle no se escuchaba más que su respiración anhelante y trabajosa. Dieron el cuarto, don Juan dijo que no tenía alientos todavía. A la media parecía haber descansado, mas respiraba tan a gusto que a todos dió lástima el moverlo. A las once don Juan mismo se puso en pie; pero a los primeros pasos sintió que algo se subía otra vez del pecho a la garganta, algo que no lo dejaba respirar y ni hablar siquiera. Don Juan pensó que se iba a morir; pero sólo dijo:

—Otro ratito.... otro ratito.

Y se volvió a sentar.

Allí los encontró Crispín, ya de regreso.

—Me lo esperaba... ¡qué iba a poder caminar usted por su propio

pie, don Juanito!... Si viven hasta el quinto infierno.... Vamos, don Juanito, arriba....

En vano resistió don Juan Viñas. Crispín se lo echó a la espalda.

—Don Juanito, está usted gordo; pero de puro aire; pesaban más las maletas.

Cuando llegaron a la pocilga, Crispín limpió el sudor de la frente con su paño de grandes flores coloradas y dijo:

—¡Mal ajo para esos condenados caciques!... Si no hubiera infiierno Dios debía de hacer uno para meterlos nomás a ellos.... Ayer llegué de la Penitenciaria... Me llevaron amarrado, me tuvieron cuatro meses..... Bandidos, sólo porque les canté su precio, porque les dije que su dinero lo hicieron robando viudas, huérfanos y a todos los indefensos.... Ladrones de levita que se asustan de Villa y de Zapata.... Que Villa y Zapata vengan a aprender la lección con ellos.... Al señor Rodríguez porque tuvo el valor de decirles lo que valen en sus mismas barbas lo tronaron detrás del camposanto... ¡Bandidos¡.... ¡Asesinos!....

Esperanza se resbaló, desvanecida, en su jergón. Nadie se dió cuenta.

"Sea por Dios, sea por el amor de Dios... Dios te salve María, llena eres de gracia.... "rezó entre dientes don Juan, y se santiguó, y pasó y repasó las cuentas de su rosario; pero Crispín no dejó de hablar sino hasta verter la última gota de su bilis contenida.

Cuando alegre y satisfecho, descansado su corazón, se marchó, don Juan dijo a sus hijos:

—No crean nada de lo que este hombre dice; todo es mentira, calumnias..... ¡Así son estas gentes de "La Porra!"

Esperanza aún no volvía de su desmayo. Juanito de pie, permanecía inmóvil, sombrío; quién sabe qué tenía en los ojos que a pesar de su edad, daba miedo. Elena sentía un nudo en la garganta.

Pareció que álguien había gemido. Pero no, era el aire que había pasado, empujando levemente la puerta...

—Hoy nos toca salida, Juan... —dijo Esperanza cuando regresaban, después de comer, a "La Carolina;" —quiero que me lleves al campo; tengo ganas de aire libre.

Y a las cuatro de la tarde, Esperanza, muy inquieta, muy preocupada, se llevó a Juanito a orillas de la ciudad. Después de muchas vacilaciones y rodeos vinieron, por fin, a las cercanías del Panteón Municipal. Cuando estuvieron a la puerta, Esperanza estaba encendida; sus ojos se volvían con inquietud de todos lados como si temiera que álguien la observara.

—No te has cansado, Juanito? Siéntate, reposa; yo voy a seguir andando un rato; me gusta este lugar.

Y entonces, paso a paso, muy disimuladamente tomó hacia espaldas del Panteón, buscó una cruz de leños sobre los surcos borrados ya. La encontró, desabrochó su corpiño, sacó un manojito de flores y las colocó llorando sobre los leños retorcidos.

Volvió a Juanito con los ojos irritados y para que no se los viera, los levantaba al cielo. Parecía abstraída en mirar correr las nubes en un cielo de colores revueltos, en mirar el caserío lejano, esfumadas en la humareda azulosa de las chimeneas.

Juanito había comprendido y respetaba su pena.

Una sombra obscureció de improviso el campo; una inmensa parvada de pájaros negros pasaba zumbando sobre sus cabezas.

—Así han de negrear los revolucionarios que vienen, Esperanza... La revolución viene llegando...

—Sí, ellos tienen que ganar.... ¡qué gusto!....

—¡Qué gusto!—exclamó Juanito exaltándose al extremo y dió un taconazo sobre las piedras.

Y volvieron a callar.

VII

Esa cuaresma había sido muy mala para "La Carolina," tienda de abarrotes. Su vecindad con la nueva casa en construcción "Del Llano Hnos, S. en C." la mantenía constantemente en una atmósfera pesada de tierra, y los clientes se alejaban en busca de otro almacén. El día que Esperanza y Juanito fueron recibidos (casi por caridad, había dicho el Jefe) no tuvieron otra ocupación que darles sino la de sacudir sin cesar el mostrador y los anaqueles de la tierra, que en bocanadas incesantes llegaban en ráfagas de aquel aire loco de marzo, de la finca en construcción. Algunos dependientes hablaban mormado, otros estornudaban y todos echaban pestes de los operarios. Pero como hasta el mal humor acaba por aburrir, un día el dependiente mayor, cruzado de brazos por la falta de quehacer, charló con los demás:

—Esta finca de los del Llano va a ser la primera de la ciudad; se han presupuestado doscientos cincuenta mil pesos; pero ya se lleva más de trescientos mil; va a valer medio millón de pesos corrido. Parece que los señores del Llano están atestados de "pasta" y que por miedo a la revolución han preferido invertirla en obras. Vean ustedes: la fachada es de cantera de Guanajuato, un verde jaspeado primoroso. Es un verdadero mosaico. Las puertas y ventanas son un trabajo a mano que cuesta un dineral. En la puerta principal figura una alegoría de El Comercio, donde sólo el Mercurio de un tallista italiano, vale más de mil pesos. En el piso bajo van a quedar las habitaciones de los del Llano; a espaldas los almacenes.... ¡Y qué almacenes!.... Nos revientan.... ¡Depósitos de hierro,

cobre, latón, maderas finas y corrientes, vinos franceses, españoles y nacionales, maíz, frijol, toda clase de cereales; en fin, todo a la Americana.... ¡Nos parten! En la planta alta las oficinas, despachos, habitaciones para los empleados. Pisos de mosaico y algunas piezas con el despacho de don Ignacio, estucadas. Yo he visto el proyecto... ¡Nos partieron!

Todos los dependientes escuchaban el relato con la boca abierta. Juanito y Esperanza se alejaron a sacudir la tierra que seguía entrando sin cesar.

A la mañana siguiente Esperanza y Juanito esperando las siete para entrar a "La Carolina" se detuvieron a contemplar la famosa construcción de los "Del Llano". Una multitud de hombres se regaban como hormigas por donde quiera, por sobre el armazón de hierro de las bóvedas, entretejida como una colosal tela de araña, por sobre el andamiaje de madera, los pretiles de cantera, sobre las columnas truncas de la fachada. Hombres ompolvados de cal, los calzones remangados hasta la raíz de los muslos cobrizos, subían y bajaban por las escaleras; otros sentaban ladrillos en las paredes y tabiques. Crugían las grúas, en el aire se balanceaban pesadamente grandes canteras labradas.

Embebecidos contemplaron la obra hasta que dieron las siete. Ninguno de ellos dijo nada, ni pensó nada.

VIII

Una tarde Elena fue sorprendida por una visita.

—Soy la presidenta de la Conferencia de San Vicente de Paul; sé que tiene usted enfermo grave. Vengo a traerle los auxilios. ¿Qué doctor le receta?... ¡Ah, ninguno...! Bien, vendrá, antes de que reciba el Divinísimo, un médico por nuestra cuenta.

El arrabal entra en movimiento Todas las comadres que saben que va a venir su Divina Magestad, se dan la mano.

Al obscurecer se ve a lo lejos la silueta gris del médico con su parasol de holanda plegado, a guisa de bastón. Las mujeres que departen en las puertas se levantan con los muchachos chamagosos a cuestas; unas corren a traer papel, otras la tinta, la silla de tule, mientras que las demás sofocando el cuartito donde se alberga Viñas, arreglan la mesa para el altar con muchas flores y dos velones de cera.

Comienza a obscurecer; los foquillos se encienden de repente en una luz rojiza y débil cada dos cuadras. De la calle se levanta el olor cálido de la tierra mojada y de los pétalos de rosa de Castilla y malvabouquet, regados para el coche de Nuestro Amo.

El médico se aproxima.

En el ir y venir hacia la casa de terrones sin pintar, donde cuelga una cortinilla vieja y arrugada, el aire unta mantas y chomites a piernas escamosas, pechos lasos, vientres obesos y colgantes. Muchachos desnudos, tostados por el sol se levantan de montículos de estiércol, con los cabellos grises de basofia seca. La mirada viva, rumoran "es el doctor" y vuelven a perderse entre la tierra. Los perros enderezan las orejas y le gruñen sordamente al señor médico.

Don Juan que hacía ya dos meses que no podía dormir sino apoyando la cabeza y el pecho sobre un montón de almohadas, esa noche pudo acostarse muy bien. Aunque apenas podía hablar, aseguró que se sentía muy aliviado, gracias a Dios. Pidió que se apagara la vela y todos se acostaron. Tenía ya muchas ganas de pasar una noche siquiera a gusto.

Elena asintió; pero cuando oyó las respiraciones pausadas y profundas de Esperanza y de Juanito, con extraordinaria sosobra se levantó, encendió la vela y de puntillas corrió a la cama de don Juan.

Don Juan se había extinguido como una llamita silenciosa.

Todos se levantaron.

La vela de sebo acabó a las dos de la mañana; pero como hacía muy bonita luna, una ráfaga bañó el cuerpo durante muchos minutos.

—Parece que estamos en septiembre y no en abril—observó uno de los contertulios de "La Carolina" asomándose a la calle y poniendo su mano tendida fuera.

El chorro crepitante de la canal hacía inadvertido el chispeo fino de la lluvia incesante. De cada puerta de la tienda se deslizaba una franja luminosa sobre el charco bituminoso, en medio de la calle, que agitado por el chorro de la canal se abría en estrías de luz.

—¡La de malas!—exclamó el jefe de la casa—con la maldita fábrica de los Del Llano se perdió un dineral. La fábrica se acabó; pero con cuatro meses de anticipación se nos ha venido el temporal de lluvias, las familias han emigrado y... ¡el demonio!

—¡Buena suerte la de estos amigos del Llano—dijo otro—¿saben ustedes en lo que les vino a resultar la quiebra de Olivares de San Luis Potosí? Bueno, pues se los llevaban con cerca de cien mil pesos; pero como don Ignacio estuvo listo, les tomó toda las mercancías importadas, y resulta que con el tipo de cambio actual está vendiendo en pura plata y a las mismas casas de México con un 150 por ciento, es decir que se gana más de cien mil pesos, si lo-

gra realizar en esta forma toda la mercancía.

El Jefe se mordió los labios sin contestar.

Hacía media hora que no entraba un solo cliente. Los dependientes callados, de codos sobre el mostrador, oían el rumor monótono de la lluvia y las apagadas y lentas campanadas de las ocho.

Esperanza se acercó al gato barcino que estaba echado sobre el mostrador y acarició su pelo suave. El animal se desperezó, enarcó su lomo y enderezó sus manos duras, alzó un instante la cabeza, haciendo lucir intensamente las esmeraldas de sus ojos, luego, metiéndola entre los salientes hombros, aplanando su cuerpo muy angosto hacia el cuello y muy ancho hacia la nalga, volvió a acurrucarse.

Un suspiro profundo se ahogó en la garganta de Esperanza.

—¿Pero qué me dicen ustedes del negocio que acaban de hacer con la Vecindad Modelo?—volvió a hablar uno de los contertulios.

El Jefe le picó con la punta del codo haciéndole una señal de que Juanito y Esperanza le escuchaban.

—Sí, sí, ya sé—prosiguió en voz muy baja;—pues han vendido en cien mil pesos esa obra que saben ustedes ¿qué tanto les cuesta? Diez mil pesos, diez mil pesos y me alargo mucho.... De la pura mercancía embargada salió lo suficiente para terminar lo que faltaba.... ¡Tiburones!.... ¡Don Juanito no sabía siquiera lo que tenía en "La Sultana".

—Y a pesar que estos pobres muchachos....

—Business es business—terminó secamente el patrón.

Como a los moribundos, a Esperanza y Juanito se les había aguzado extremadamente el oído.

Empapado, chorreando agua hasta los talones, llegó precipitadamente Villeguitas:

—Señores, no tienen ustedes más novedad sino que los bandidos están a cinco leguas de distancia. Los señores del Llano arreglan su equipaje para salir en un tren especial. Yo me quedo al frente de la casa. Arriesgo el todo por el todo.

Se miraron unos a los otros; estaban descoloridos, sin una gota de sangre en la cara, y las piernas les temblaban.

El jefe ordenó a los dependientes que se marcharan.

La lluvia apretó más fuerte. Juanito se alzó las solapas del saco de dril; Esperanza recogió por delante su falda de percal negro, se envolvió la cabeza con su chal y los dos con las manos muy apretadas sobre el pecho, echaron a correr a su casa, por las calles obscuras y desiertas, bajo la lluvia penetrante.

—¡Empapados.... hijitos de mi alma!—dijo Elena cuando llegaron.

—No te apure esto, mamá—exclamó Esperanza tiritando—danos de cenar y a dormir luego, luego.

Elena doblegó su cabeza angustiada; tuvo que decir que no había que cenar; la mesada se había agotado desde el medio día, nada habían querido prestar en el montepío sobre las prendas que había llevado.

—No llores, mamacita, mañana pido una quincena adelantada—dijo Esperanza.—¿Por qué no nos habías dicho nada?

Yo ni hambre tengo—afirmó Juanito, sombrío.

—Ni yo—repitió Esperanza.

Luego extendieron sus ropas sobre un desvencijado canapé y se envolvieron en unas colchonetas deshilachadas y durmieron muy bien hasta otro día.

X

Juanito y Esperanza salieron a escape de "La Carolina"; pero apenas pudieron avanzar unos cuantos pasos. Las gentes corrían y se atropellaban. "Allí vienen ya ". "¡Ya están aquí!" Las puertas se cerraban con gran estruendo. Se oyó primero un disparo lejano, después más cerca, agudo repercusivo, algo como el estallar de un cohete; pero poco a poco los disparon se cían por todos partes. Al extremo de la calle apareció un grupo, al galope, y con los fusiles a la cara. Esperanza y Juanito se replegaron al marco de un zaguán.

Las pezuñas sacaban chispas de los empedrados; las balas pasaban silbando.

Luego no fue un grupo, fue la calle llena de caballería, hombres de rostros requemados y terrosos de miradas de fiera, con grandes sombreros cuajados de santos.

Pasaban cerca de Esperanza y de Juanito, disparando sus armas al aire y sin reparar en ellos.

Después con un grupo de soldados llegó una avalancha de gentes del pueblo. Las manos alzadas señalaban las puertas de "La Carolina". Un soldado abocó su mausser al pestillo; estalló la chapa y entre gritos y alaridos de regocijo se abrieron las puertas. La gente se lanzó dentro y comenzó el saqueo. Salieron cajas de vino, pilones de azúcar, tercios de maíz, sacos de frijol, montones de queso y latas pesadas.

Juanito lo veía todo. Esperanza apretaba mucho los ojos como si esperara de un instante a otro la bala que se le había de incrustar en el corazón.

De pronto Juanito dió un salto.

—Esperanza, no te muevas de allí.

Esperanza, espantada, abrió los ojos sin comprender. Juanito corrió y con una turba de pueblo entró a "La Carolina". Momentos después aparecía arrastrando a duras penas un bote de petróleo.

—Esperanza, ven, ayúdame...

Pero la muchacha, abismada, no movía pies ni manos.

—¡Ayúdame!... Mira... mira...

Y deseperado le enseñaba con los ojos el gran edificio que estaba al frente de Esperanza.

Esperanza comprendió y corrió a ayudarlo.

Primero con el filo de una piedra intentaron horadar el bote; pero la hoja resistía y sólo pudieron abollarla. Juanito se tiraba los cabellos de impaciencia.

Forcejeó de nuevo y tampoco. Volvió los ojos a un lado y otro.

—Toma—dijo Esperanza— sacándose un grueso alfiler del peinado.

Juanito hizo un agujero, luego otro. Rociaron la gran puerta realzada y recién barnizada. La madera

ardía muy bien. Cuando hubo un buen boquete arrojaron dentro el bote y tras el bote un tizón.

Se escuchó un estallido, luego comenzó a salir humo negro por puertas y ventanas; las llamas asomaron lamiendo los pretiles; después por el último piso ascendían espirales de humo hasta las nubes. La casa del Llano Hnos., S. en C. ardía muy bien.

Esperanza y Juanito no sentían el restallar de los maussers, ni el ronco estampido de los 30-30, ni el galopar de las caballerías. Alelados, veían las llamas levantarse hasta el cielo cárdeno, y estaban cogidos de la mano, cogidos estrechamente, y, sus corazones latían aprisa, aprisa...

Lagos, septiembre de 1914.

FIN DE "LOS CACIQUES"